

ÉXODO

El Libro del Éxodo narra la formación de los hijos de Israel en iglesia y nación. Hasta aquí hemos visto la religión verdadera en la vida doméstica; ahora, empezamos a ver sus efectos en los asuntos de reinos y naciones. Éxodo significa “la salida” siendo el hecho principal aquí registrado la salida de Israel de Egipto y de la esclavitud egipcia. Señala claramente el cumplimiento de diversas promesas y profecías hechas a Abraham respecto de su simiente y establece proféticamente la situación de la iglesia en el desierto de este mundo hasta su llegada a la Canaán celestial, el reposo eterno.

CAPÍTULO 1

Versículos 1—7. *Los hijos de Israel aumentan en Egipto después de la muerte de José.* 8—14. *Son oprimidos, pero se multiplican sobremanera.* 15—22. *Muerte de los hijos varones.*

Vv. 1—7. Durante más de 200 años, mientras Abraham, Isaac y Jacob vivieron en libertad, la población hebrea creció lentamente; sólo unas setenta personas entraron en Egipto. Allí, casi en la misma cantidad de años, pero bajo cruel servidumbre, se convirtieron en una nación grande. Este aumento asombroso fue en conformidad con la promesa hecha mucho antes a los padres. Aunque a veces el cumplimiento de las promesas de Dios es lento, siempre es seguro.

Vv. 8—14. La tierra de Egipto se convirtió en casa de servidumbre para Israel. El lugar donde fuimos felices puede volverse, de pronto, en lugar de aflicción; el lugar del cual dijimos: Este es nuestro lugar de consuelo, puede ser la cruz más grande para nosotros. Dejaos de confiar en el hombre, y que no se diga de ningún lugar de este lado del cielo: “Este es mi reposo”. Todos conocían a José, lo amaban y fueron amables con sus hermanos por amor a él; aun los mejores y más útiles servicios que un hombre haga a los demás, pronto se olvidan después de su muerte. Nuestro gran interés debe ser servir a Dios y complacer a Aquel que no es injusto, como los hombres, para olvidar nuestra obra y trabajo de amor. La ofensa de Israel es que prospera. No hay cosa más odiosa para un hombre malo que la prosperidad del justo. —Los egipcios temían que los hijos de Israel se unieran a sus enemigos y los expulsaran de la tierra. La maldad es siempre cobarde e injusta; hace que el hombre tema donde nada hay que temer y que huya cuando nadie lo persigue. La sabiduría humana a menudo es necia y muy pecaminosa. El pueblo de Dios tenía capataces sobre ellos, no sólo para oprimirlos sino para afligirlos con sus cargas. No sólo los hacían servir para provecho del faraón sino para amargarles la vidas. —Los israelitas aumentaron maravillosamente. El cristianismo se difunde más cuando es perseguido: la sangre de los mártires fue la semilla de la iglesia. Quienes aceptan consejo contra el Señor y su Israel sólo imaginan cosas vanas y acarrear mayor afrenta contra sí mismos.

Vv. 15—22. Los egipcios trataron de destruir a Israel asesinando a sus hijos. La enemistad que hay en la simiente de la serpiente contra la Simiente de la mujer, hace que los hombres olviden toda

compasión. Queda claro que los hebreos estaban ahora bajo una bendición poco común. Vemos que los servicios hechos para el Dios de Israel son frecuentemente recompensados con bondad. —El faraón dio la orden de ahogar a todos los hijos varones de los hebreos. El enemigo que, por medio del faraón, trataba de destruir a la iglesia en su estado infantil, se ocupa en frustrar el surgimiento de reflexiones serias en el corazón del hombre. Que teman pecar los que escapan, y clamen socorro al Señor directa y fervientemente.

CAPÍTULO 2

Versículos 1—4. *Nace Moisés y lo dejan en el río.* 5—10. *Lo encuentran y lo llevan a la hija de Faraón.* 11—15. *Moisés mata a un egipcio y huye a Madián.* 16—22. *Moisés se casa con la hija de Jetro.* 23—25. *Dios oye a los israelitas.*

Vv. 1—4. Observe el orden de la Providencia: justo en el momento en que la crueldad de Faraón llega al máximo, mandando matar a los niños hebreos, nace el libertador. Cuando los hombres se confabulan para llevar la iglesia a la ruina, Dios está preparando su salvación. —Los padres de Moisés vieron que era un niño hermoso. La fe viva se siente fortalecida con el menor indicio del favor divino. Hebreos xi, 23 dice que por fe los padres de Moisés lo escondieron; tenían la promesa de que Israel sería preservado, y la creyeron. La fe en la promesa de Dios anima a usar medios legales para obtener misericordia. El cumplimiento de nuestro deber, va seguido de los hechos de Dios. La fe en Dios siempre nos pondrá por encima del temor al hombre. —Al cabo de tres meses, cuando ya no podían esconder más al bebé, lo colocaron en un arquilla de juncos a la orilla del río, y a su hermana para que vigilara. Si el débil afecto de una madre fue tan cuidadoso, qué pensaremos de Aquel cuyo amor, cuya compasión son infinitos, como Él. Moisés nunca tuvo protección más poderosa a su alrededor; ni aun cuando tenía a todos los israelitas alrededor de su tienda en el desierto, que ahora cuando yace a solas, un indefenso bebé sobre las aguas. No hay agua, no hay egipcio que pueda dañarlo. Dios está más presente a nuestro lado cuando parecemos más abandonados y desamparados.

Vv. 5—10. Venid, ved el lugar donde ese gran hombre, Moisés, yace siendo un niño; en un canasto de juncos a orilla del río. Si hubiera quedado largo tiempo allí, hubiera perecido. Pero al lugar donde está este pobre infante desamparado la Providencia trae a la hija del Faraón e inclina su corazón a la compasión, cosa que ella se atreve a hacer cuando nadie más podía. El cuidado que Dios tuvo de nosotros en nuestra infancia debiéramos mencionarlo a menudo para su alabanza. El faraón trató cruelmente de destruir a Israel, pero su propia hija tuvo lástima de un niño hebreo y, no sólo eso, sino que, sin saberlo, preservó al libertador de Israel y dio a Moisés una buena nodriza, esto es, su propia madre. Para que tuviera una nodriza hebrea, la hermana de Moisés trajo a su madre por nodriza. —Moisés fue tratado como hijo de la hija de Faraón. Muchos que tienen un nacimiento oscuro y pobre, por actos sorprendentes de la Providencia son puestos a gran altura en el mundo, para que los hombres sepan que Dios reina.

Vv. 11—15. Moisés asumió atrevidamente la causa del pueblo de Dios. Queda claro en Hebreo xi, que esto fue hecho por la fe, con el propósito pleno de abandonar los honores, las riquezas y los placeres del rango que tenía entre los egipcios. Por la gracia de Dios fue un partícipe de la fe en Cristo, que vence al mundo. Puesto que tenía la seguridad de que Israel era el pueblo de Dios, estaba dispuesto, no sólo a arriesgarlo todo, sino a sufrir por amor a Él. —Por concesión especial del Cielo, que no sienta jurisprudencia para otros casos, Moisés mató a un egipcio y rescató a un israelita oprimido. Además, trató de poner fin a una disputa entre dos hebreos. El reproche de Moisés aún podría usarse. ¿No podemos aplicarlo a quienes disputan, y con sus ardientes debates, dividen y debilitan la iglesia cristiana? Olvidan que son hermanos. El que hacía lo malo atacó a Moisés. Enojarse por la reprensión es señal de culpa. Los hombres no saben lo que hacen, ni cuán

enemigos son de sí mismos, cuando resisten y desprecian la reprensión fiel y al que la hace. Moisés podría haber dicho: “Si este es el espíritu de los hebreos, me iré de regreso a la corte y seré el hijo de la hija del Faraón”. Pero debemos tener cuidado de no ponernos en contra de los caminos de Dios y de su pueblo, por la necedad y los malos modales de algunas personas que profesan la religión. Moisés se vio obligado a huir a la tierra de Madián. Dios ordenó esto con fines sabios y santos.

Vv. 16—22. Moisés encontró refugio en Madián. Aunque se había criado y educado en la sabiduría de la corte, estuvo dispuesto a ayudar a las hijas de Reuel a que abrevaran sus rebaños. Moisés le gustaba hacer *justicia* y actuar en defensa de quienes veía dañados, cosa que todo hombre debiera hacer si está a su alcance. Él le gustaba hacer *lo bueno*; donde quiera que nos ponga la providencia de Dios, debemos desear ser útiles y tratar de serlo; y cuando no podamos hacer el bien que debemos, tenemos que estar preparados para hacer el bien que podamos. Moisés se recomendó solo al príncipe de Madián, el cual casó una de sus hijas con Moisés, con la cual tuvo un hijo, Gersón, “un extraño ahí” para que le recordara la tierra en que había sido extranjero.

Vv. 23—25. Aunque no siguió el asesinato de los niños varones, continuó la sevidumbre de los israelitas en Egipto. A veces, el Señor tolera que la vara de los malos caiga larga y pesada sobre la suerte del justo. Al final, sometidos a sus tribulaciones, empezaron a pensar en Dios. Es señal de que el Señor viene a nosotros con liberación cuando se inclina y hace que clamemos a Él. Dios oyó sus *gemidos*; dejó en claro que había tomado nota de sus gemidos. Él *recordó* su pacto, del cual nunca se olvida. Esto tuvo en consideración y no algún mérito de ellos. Él *miró* a los hijos de Israel. Moisés los miró y los compadeció pero, ahora, Dios los miró y los ayudó. Él *tuvo respeto* hacia ellos. Sus ojos estaban ahora fijos sobre Israel para mostrarse en favor de ellos. Dios siempre es así, una muy pronta ayuda en las tribulaciones. Entonces, animaos vosotros, que conscientes de culpa y servidumbre, estáis esperando en Él para ser liberados. Dios en Cristo Jesús también os mira. Una llamada de amor se une a una promesa del Redentor. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar, Mateo xi, 28.

CAPÍTULO 3

Versículos 1—6. *Dios se aparece a Moisés en una zarza ardiente.* 7—10. *Dios envía Moisés para liberar a Israel.* 11—15. *El nombre Jehová.* 16—22. *Promesa de liberación para los israelitas.*

Vv. 1—6. La vida de Moisés se divide en tres períodos de cuarenta años: los primeros cuarenta que pasó como príncipe en la corte de Faraón; los segundos, como pastor en Madián; los terceros, como rey en Jesurún. ¡Cuán variable es la vida del hombre! La primera aparición de Dios halló a Moisés cuidando ovejas. Parece un pobre empleo para un hombre de su capacidad y educación, aunque esté satisfecho con él; de este modo aprende la mansedumbre y el contentamiento, por los cuales se destaca más que por todo su saber en los escritos sagrados. A Satanás le gusta encontrarnos ociosos. Dios se agrada cuando nos encuentra ocupados. Estar solos es bueno para nuestra comunión con Dios. —Con gran asombro, Moisés vio una zarza que ardía sin un fuego que la encendiera. La zarza ardía pero no se consumía, emblema de la iglesia esclavizada en Egipto. En forma adecuada nos recuerda a la iglesia de toda época que, aun bajo las persecuciones más severas, no pudo ser destruida porque Dios la conservó. En la Escritura, el fuego es un emblema de la justicia y santidad divina, y de las aflicciones y tribulaciones con que Dios prueba y purifica a su pueblo, y aun del bautismo del Espíritu Santo, por el cual son consumidos los afectos pecaminosos, y el alma cambia a la naturaleza e imagen de Dios.

Dios hizo a Moisés un llamamiento por gracia, al cual éste dio una pronta respuesta. Quienes han de tener comunión con Dios deben prestarle atención en las ordenanzas a través de las cuales le

place manifestarse a sí mismo y su gloria, aunque sea en una zarza. Descalzarse era una señal de respeto y sumisión. Para allegarnos a Dios debemos hacerlo pausadamente y con una solemne preparación, evitando cuidadosamente todo lo que parezca liviano, vulgar e inconveniente a su servicio. —Dios no dice: Yo *era* el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, sino *Yo soy*. Los patriarcas todavía viven, después de tantos años que sus cuerpos han estado en la tumba. Ninguna extensión en el tiempo puede separar el alma de los justos de su Hacedor. Diciendo esto, Dios enseñó a Moisés acerca de otro mundo y fortaleció su creencia en un estado futuro. Así lo interpreta nuestro Señor Jesús, el cual, a partir de esto, prueba que los muertos resucitan, Lucas xx, 37. Moisés escondió su rostro, como avergonzado a la vez que asustado de mirar a Dios. Mientras más vemos de Dios y de su gracia y de su amor en el pacto, más causa veremos para adorarle con reverencia y piadoso temor.

Vv. 7—10. Dios nota las aflicciones de Israel. Sus *angustias*; hasta las angustias secretas del pueblo de Dios le son conocidas. Su *clamor*: Dios oye los gritos de su pueblo afligido. La *opresión* que soportaban: los opresores más altos y grandes de su pueblo no están por encima de Él. Dios promete pronta liberación por métodos ajenos a los caminos comunes de la providencia. A quienes Dios, por su gracia, libra de un Egipto espiritual, los llevará a la Canaán celestial.

Vv. 11—15. Moisés se había creído antes capaz de liberar a Israel, pero se dio a la tarea con demasiada prisa. Ahora, cuando es la persona más adecuada para eso, conoce sus propias debilidades. Este fue el efecto de un mayor conocimiento de Dios y de sí mismo. Anteriormente fue la confianza en sí mismo mezclada con una firme fe y gran celo; ahora, un pecaminoso desconfiar en Dios repta disfrazado de humildad; tan defectuosas son las gracias más firmes y los mejores deberes de los santos más prominentes. Pero todas las objeciones reciben respuesta: “Ciertamente yo estaré contigo”. Eso basta. Dos nombres por los cuales Dios será ahora conocido. Un nombre que denota que es en sí: YO SOY EL QUE SOY. Esto explica su nombre Jehová y significa: —1. Que Él es *autoexistente*: y tiene su ser de sí mismo. —2. Que es *eterno e inmutable* y siempre el mismo, ayer, hoy y por los siglos. —3. Que Él es *incomprensible*; no podemos, por medios humanos, desentrañar lo que es: este nombre detiene todas las indagatorias osadas y curiosas acerca de Dios. —4. Que Él es *fiel y veraz* a todas sus promesas, inmutable en su palabra como asimismo en su naturaleza; que Israel sepa esto, YO SOY me ha enviado a ustedes. Yo soy, y no hay nadie fuera de mí. —Todo lo demás tiene su ser de Dios y es totalmente dependiente de Él. —Además, he aquí un nombre que denota lo que Dios es para su pueblo. El Señor Dios de vuestros padres me ha enviado. Moisés debe revivir en ellos la religión de sus padres, que estaba casi perdida; y, entonces, ellos podían tener la expectativa del cumplimiento rápido de las promesas hechas a sus padres.

Vv. 16—22. El éxito de Moisés con los ancianos de Israel sería bueno. Dios, que, por su gracia, inclina el corazón y abre el oído, pudo decir de antemano: Ellos escucharán tu voz, pues Él les daría la disposición en este día de poder. En cuanto al Faraón aquí le dice a Moisés que las peticiones, las persuasiones y las quejas humildes no prevalecerían con él; ni siquiera una mano poderosa extendida en señales y prodigios. Pero los que no se inclinan ante el poder de su palabra ciertamente serán quebrados por el poder de la mano de Dios. El pueblo de Faraón daría riquezas a Israel en su partida. —En la tiranía de Faraón y la opresión de Israel vemos el estado miserable y abyecto de los pecadores. Aunque el yugo es áspero, ellos trabajan como esclavos hasta que el Señor manda la redención. Junto con las invitaciones del evangelio Dios envía la enseñanza de su Espíritu. Así, los hombres reciben la disposición para buscar y esforzarse por su liberación. Satanás pierde su poder de retenerlos, ellos se salen adelante con todo lo que tienen y son, y aplican toda la gloria a Dios y al servicio de su iglesia.

CAPÍTULO 4

Versículos 1—9. *Dios da poder a Moisés para hacer milagros.* 10—17. *Moisés no quiere ser enviado—Aarón tendrá que ayudarlo.* 18—23. *Moisés se va de Madián—El mensaje de Dios para Faraón.* 24—31. *El desagrado de Dios contra Moisés—Encuentro con Aarón—El pueblo les cree.*

Vv. 1—9. Moisés dice que la gente no le creerá a menos que él les muestre alguna señal. Dios le da poder para hacer milagros. Pero los que en la actualidad se ocupan en entregar el mensaje de Dios a los hombres no tienen poder para obrar milagros: el carácter de ellos y su doctrina tienen que ser probados por la palabra de Dios a la cual apelan. Estos milagros se refieren especialmente a los milagros del Señor Jesucristo. Sólo correspondía a Él expulsar del alma el poder del diablo y sanar el alma de la lepra del pecado; y así era para Él, primero expulsar al diablo y sanar la lepra del cuerpo.

Vv. 10—17. Moisés siguió con reticencia la obra que Dios le designó; había mucha cobardía, indolencia e incredulidad en él. No debemos juzgar a los hombres por la prontitud de su discurso. La lengua tardía puede tener mucha sabiduría y verdadero valor. A veces Dios elige como mensajeros suyos a quienes tienen en grado mínimo las ventajas del arte o de la naturaleza, para que en ellos pueda verse más gloriosa su gracia. Los discípulos de Cristo no eran oradores, hasta que el Espíritu Santo los hizo tales. —Dios condesciende a responder la excusa de Moisés. Hasta la autodesconfianza que nos impide cumplir *el deber* o nos obstruye *en* el trabajo es muy desagradable para el Señor. Pero mientras culpamos a Moisés por su actitud en este servicio peligroso, preguntemos a nuestros corazones si no estamos descuidando deberes más fáciles y menos peligrosos. —La lengua de Aarón, con la cabeza y el corazón de Moisés, compondrían un ser completamente apto para esta tarea. Dios promete, Yo estaré con tu boca y con su boca. Aun Aarón, que podía hablar bien, no podría hablar de este cometido a menos que Dios le diera permanente enseñanza y ayuda; pues sin la ayuda constante de la gracia divina hasta los mejores dones fallarán.

Vv. 18—23. Después que apareció en la zarza, Dios habló frecuentemente con Moisés. El Faraón había endurecido su corazón contra los gemidos y clamores de los israelitas oprimidos; ahora Dios, en el camino de hacer un justo juicio, endurece el corazón de Faraón contra la enseñanza que le dejan los milagros y el terror de las plagas. Pero sea que el Faraón oiga o sea que prohíba, Moisés debe decirle: Así dice el Señor. Debe exigir la liberación de Israel: Deja ir a mi hijo; no sólo a mi siervo a quien no tienes derecho de detener sino a mi hijo. Mi hijo es quien me sirve y, por tanto, debe ser librado, por Él debe rogarse. En caso de rechazo: Yo mataré a tu hijo, tu primogénito. Como los hombres tratan al pueblo de Dios, así deben ser tratados.

Vv. 24—31. Dios sale enojado al encuentro de Moisés. El Señor lo amenaza de muerte o con mandarle una enfermedad como castigo por haber pasado por alto la circuncisión de su hijo. Cuando Dios nos da a conocer lo que está mal en nuestra vida, debemos poner toda diligencia en enmendarnos con prontitud. Esta es la voz de la vara cada vez que la usa; nos llama a que nos volvamos al que nos ha disciplinado. Dios envió a Aarón al encuentro de Moisés. Mientras mejor veían ellos que Dios era quien los reunía, más agradable era su encuentro. —Los ancianos de Israel los encontraron en fe y estuvieron dispuestos a obedecerles. A menudo sucede que se halla menos dificultad que la esperada en las empresas que son conforme a la voluntad de Dios y para su gloria. Sólo levantémonos y esforcémonos en nuestra obra, el Señor estará con nosotros y nos prosperará. Si Israel acogió las noticias de su liberación y adoró al Señor, ¡cómo no debiéramos nosotros acoger la buena nueva de la redención, para abrazarla por fe y adorar al Redentor!

CAPÍTULO 5

Versículos 1—9. *El desagrado del Faraón—El aumenta las tareas de los israelitas.* 10—23. *Los sufrimientos de los israelitas—La queja de Moisés a Dios.*

Vv. 1—9. Dios reconocerá a su pueblo aunque pobres y despreciados y encontrará un tiempo para defender su causa. Faraón trató con desprecio todo lo que oyó. Él no tenía conocimiento de Jehová, ni temor de Él, ni amor por Él y, por tanto, se negó a obedecerle. Así, pues, el orgullo, la ambición, la codicia y el conocimiento político de Faraón lo endurecieron para su propia destrucción. Lo que pidieron Moisés y Aarón era muy razonable, solamente ir a tres días de viaje por el desierto y eso para una buena diligencia. Sacrificaremos al Señor nuestro Dios. Faraón fue muy irracional al decir que la gente hablaba de ir a sacrificar porque estaba ociosa. Así, tergiversó sus palabras para tener un pretexto para aumentar sus cargas. En el presente encontramos a muchos que están más dispuestos a culpar a su prójimo por pasar unas pocas horas en el servicio de Dios, apartados de sus negocios mundanos, que a culpar a quienes dan el doble de su tiempo a placeres pecaminosos. —La orden de Faraón fue bárbara. Hasta Moisés y Aarón debían cargarse. Los perseguidores se complacen en despreciar a los ministros y ponerles dificultades. Debía hacerse la cantidad habitual de ladrillos sin la provisión acostumbrada de paja para mezclar con el barro. De esta manera los hombres iban a ser cargados con tanto trabajo que, si lo hacían, el esfuerzo los quebrantaría, y si no lo hacían, serían castigados.

Vv. 10—23. Los capataces egipcios eran muy severos. Véase cuánta necesidad tenemos de orar para ser librados de los hombres malos. Los jefes de los trabajadores se quejaron justamente al Faraón pero éste se burló de ellos. La maldad de Satanás a menudo representa el servicio y la adoración de Dios como tarea adecuada sólo para quienes nada tienen que hacer y actividad sólo para ociosos, aunque es deber aun de quienes más ocupados están en el mundo. —Los que son diligentes en ofrecer sus sacrificios al Señor, escapan, ante Dios, del destino del siervo perezoso, aunque no escapen de los hombres. —Los israelitas debieran haberse humillado ante Dios y haber tomado sobre sí mismos la vergüenza de su pecado pero, en cambio, pelearon contra quienes iban a ser sus libertadores. Moisés volvió al Señor. Sabía que lo que había dicho y hecho era por orden de Dios y, por tanto, apela a Él. Cuando nos encontramos en cualquier momento confundidos en el camino de nuestro deber, debemos ir a Dios y exponer nuestro caso ante Él por medio de la oración fervorosa. Los engaños de nuestro trabajo no deben alejarnos de nuestro Dios; más bien deberíamos reflexionar en la razón por qué han sido enviados.

CAPÍTULO 6

Versículos 1—9. *Dios renueva su promesa.* 10—13. *Moisés y Aarón enviados nuevamente a Faraón.* 14—30. *El parentesco de Moisés y Aarón.*

Vv. 1—9. Muy probablemente prosperemos en nuestros intentos de glorificar a Dios y ser útiles a los hombres cuando aprendamos por experiencia que nada podemos hacer por nosotros mismos, y si toda nuestra dependencia está en Él y toda nuestra expectativa sea de Él. Moisés había estado *esperando* lo que Dios iba a hacer, pero ahora *verá* lo que hará Él. Ahora Dios sería conocido por su nombre, Jehová, esto es, el Dios que hace lo prometido y termina su obra. —Dios quería la felicidad de ellos: Yo los tomaré como mi pueblo, un pueblo peculiar y Yo seré vuestro Dios. No necesitamos pedir ni tener más que esto para hacernos felices. Él quiere su gloria: Ustedes sabrán que Yo soy Jehová. Estas palabras buenas y consoladoras, debieran haber reanimado a los decaídos israelitas y haberles hecho olvidar su miseria; pero ellos estaban tan absortos en sus problemas que no hicieron

caso de las promesas de Dios. Al dejarnos llevar por el descontento y la ansiedad nos privamos del consuelo que pudiéramos tener tanto de la palabra de Dios y de Su providencia y andamos desconsolados.

Vv. 10—13. La fe de Moisés era tan débil que apenas podía seguir su trabajo. La obediencia pronta siempre es conforme a la fortaleza de nuestra fe. Aunque nuestras debilidades debieran humillarnos, no tendrían que descorazonarnos al punto de no hacer lo mejor que podemos en cualquier servicio que tengamos que ofrecer a Dios. Cuando Moisés repite sus confusos argumentos, ya Dios no discute más sino que le da un cometido a él y a Aarón, para los hijos de Israel y para el Faraón. La autoridad de Dios es suficiente para responder todas las objeciones y obliga a todos a obedecer sin murmuraciones ni contiendas, Filipenses ii, 14.

Vv. 14—30. Moisés y Aarón eran israelitas, criados entre sus hermanos, como Cristo también lo sería, Él, que iba a ser el Profeta y Sacerdote, el Redentor y el Legislador del pueblo de Israel. — Moisés regresa a su narración y repite el encargo dado por Dios de entregar su mensaje a Faraón, y contra sus objeciones. Los que han hablado irreflexivamente con sus labios debieran meditar en ello con arrepentimiento, como Moisés parece hacerlo aquí. “Incircunciso” es una expresión usada en la Escritura para denotar la ineptitud que puede haber en algo para responder a su propósito correcto; como el corazón carnal y la naturaleza depravada del hombre caído, que son totalmente inadecuadas para el servicio a Dios y para los objetivos de su gloria. Provechoso es no depositar la confianza en nosotros mismos; toda nuestra suficiencia debe estar en el Señor. Nunca será demasiado poca la confianza en nosotros mismos, y nunca será demasiada la confianza en nuestro Dios. Nada puedo hacer por mí mismo, dijo el apóstol, pero todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

CAPÍTULO 7

Versículos 1—7. *Moisés y Aarón animados.* 8—13. *Las varas convertidas en serpiente—Endurecimiento del corazón de Faraón.* 14—25. *El río convertido en sangre—Angustia de los egipcios.*

Vv. 1—7. Dios se glorifica a sí mismo. Da a conocer a su pueblo que Él es Jehová. Israel lo llega a saber por el cumplimiento de las promesas dadas a ellos y a los egipcios, derramando su ira sobre éstos. — Moisés, como embajador de Jehová, hablando en su nombre, dio órdenes al Faraón, le notificó amenazas e invocó un juicio en su contra. Faraón, orgulloso y grande como era, no pudo resistir. Moisés no se sintió sobrecogido ante Faraón; más bien lo hizo temblar. Esto parecen querer decir las palabras: Tú serás dios para Faraón. Al fin Moisés es liberado de sus temores. Ya no plantea objeciones; fortalecido en la fe, hace su tarea con valentía y sigue adelante con perseverancia.

Vv. 8—13. Nada que disguste a los hombres, porque se opone a su orgullo y lujuria, los convencerá. Pero es fácil hacerles creer que son ciertas las cosas que desean. Dios manda siempre con su palabra pruebas concluyentes de su autoridad divina, pero cuando los hombres se inclinan a la desobediencia, y quieren poner objeciones, Él permite a menudo que se ponga ante ellos una trampa donde ellos mismos quedan atrapados. Los magos eran engañadores que, por medio de tretas o trucos secretos, trataron de copiar los milagros verdaderos de Moisés cosa que lograron hacer en pequeña medida, como para engañar a los observadores; pero, finalmente, se vieron obligados a confesar que no podían imitar los efectos del poder divino. Nadie ayuda más a destruir pecadores que aquellos que resisten la verdad distrayendo a los hombres con algo parecido a la verdad, pero falso. Satanás debe ser temido con mayor razón cuando se transforma en ángel de luz.

Vv. 14—25. He aquí la primera de las diez plagas: Conversión de las aguas en sangre. Fue una plaga *espantosa*. La vista de tan vastos torrentes de sangre no podía sino inspirar horror. Nada es

más común que el agua; tan sabia y tan bondadosamente la Providencia ha ordenado que lo que es tan necesario y útil para el bienestar de la vida humana, sea barato y esté disponible casi en todo lugar; sin embargo, ahora los egipcios tenían que beber sangre o morir de sed. Egipto era una tierra agradable, pero los peces muertos y la sangre deben de haberla puesto muy desagradable. Era una plaga *justa*, enviada con justicia sobre los egipcios, porque el Nilo, el río de Egipto, era su ídolo. Esa criatura que idolatramos es lo que Dios nos quita justamente o hace que nos sea amarga. Habían manchado el río con la sangre de los niños de hebreos y, ahora, Dios había convertido el río en sangre. Nunca habían tenido sed de sangre, pero, tarde o temprano, se hartaron. Era una plaga *significativa*; Egipto dependía mucho de su río, Zacarías xiv, 18; de modo que el atacar el río, para ellos era una advertencia de la destrucción de toda la producción de su país. El amor de Cristo a sus discípulos cambia todas sus misericordias comunes en bendiciones espirituales; la ira de Dios contra sus enemigos convierte en maldición y miseria para ellos las ventajas más apreciadas. — Aarón tiene que convocar la plaga golpeando el río con su vara. Fue hecho a la vista del Faraón y sus ayudantes, pues los verdaderos milagros de Dios no se realizan como los prodigios mentirosos de Satanás; la verdad no se esconde en los rincones. Véase el poder omnipotente de Dios. Cada criatura es para nosotros lo que Él la hace ser: agua o sangre. Nótese con qué cambios nos podemos encontrar en las cosas de este mundo; lo que siempre es vano, pronto puede convertirse en tribulación. Nótese qué mala obra hace el pecado. Si las cosas que han sido nuestra consolación resultan ser nuestra cruz, es gracias a nosotros mismos. El pecado es lo que convierte nuestras aguas en sangre. —La plaga duró siete días; y en todo ese tiempo el orgulloso corazón de Faraón no le dejó desear que Moisés orara para eliminar la plaga. Así los hipócritas de corazón acumulan ira sobre sí. No es de asombrarse que la ira de Dios no se haya apaciguado, sino que su mano aún siga extendida.

CAPÍTULO 8

Versículos 1—15. *La plaga de ranas.* 16—19. *La plaga de piojos.* 20—32. *La plaga de moscas.*

Vv. 1—15. Faraón está plagado con ranas; la enorme cantidad de ellas las hizo plagas irritante para los egipcios. Dios podría haber infestado Egipto con leones, osos, lobos, o aves rapaces, pero Él eligió estas criaturas despreciables. Cuando le place, Dios puede atacarnos con las partes más pequeñas de su creación. De esta manera humilló a Faraón. No podían comer, beber ni dormir tranquilos; donde estuvieran, eran molestados por las ranas. La maldición de Dios sobre un hombre lo perseguirá donde quiera que vaya, y le pesará en todo lo que haga. —Faraón cedió bajo esta plaga. Él promete que dejará ir al pueblo. Quienes desafían a Dios y la oración, temprano o tarde, tendrán que entender que los necesitan. Pero cuando Faraón vio que había alivio, endureció su corazón. Mientras el corazón no sea renovado por la gracia de Dios, no durarán los pensamientos provocados por la aflicción; las convicciones se desgastan y se olvidan las promesas formuladas. Mientras el estado del aire no cambie, lo que se deshíela al sol volverá a congelarse en la sombra.

Vv. 16—19. Los piojos fueron hechos del polvo de la tierra; de cualquier parte de la creación, Dios puede sacar un azote para corregir a los que se rebelan en su contra. Hasta el polvo de la tierra le obedece. Los piojos fueron muy molestos e ignominiosos para los egipcios, cuyos sacerdotes se vieron obligados a trabajar mucho para que ninguno fuera jamás hallado en ellos. Todas las plagas infligidas a los egipcios se referían a sus crímenes nacionales o fueron agravadas particularmente por sus costumbres. Los magos trataron de imitarlas pero no pudieron. Los forzó a confesar: ¡Este es el dedo de Dios! Los controles y las restricciones que se nos imponen deben venir necesariamente de un poder divino. Tarde o temprano, Dios forzará aun a los enemigos a reconocer su poder. A pesar de esto, Faraón se ponía más obstinado.

Vv. 20—32. Faraón iba temprano a sus falsas devociones al río; y ¿nosotros dormiremos más y

seguiremos adormecidos cuando debe hacerse un servicio al Señor? —Los egipcios y los hebreos iban a ser distinguidos en la plaga de las moscas. El Señor conoce a los que son suyos y, quizás en este mundo, pero seguro en el otro, hará evidente que los ha apartado para sí. —Faraón, sin quererlo, hizo un tratado con Moisés y Aarón. Se contenta con que ellos hagan sacrificios a su Dios, siempre que lo hagan en la tierra de Egipto. Pero sería una abominación ante Dios que ofrecieran sacrificios egipcios; y sería una abominación para los egipcios si ellos ofrecieran a Dios objetos de adoración de los egipcios, a saber, sus becerros o bueyes. Los que ofrecen un sacrificio aceptable a Dios, deben apartarse de los impíos y profanos. También deben apartarse del mundo. Israel no podía celebrar una fiesta de Jehová entre los hornos para cocer ladrillos o entre las ollas de carne de Egipto. Debían hacer los sacrificios como Dios manda, no de otro modo. Aunque eran esclavos de Faraón, no obstante, tenían que obedecer los mandamientos de Dios. Faraón consiente que vayan al desierto, con tal que no vayan muy lejos, para poder traerlos de vuelta. Así, pues, algunos pecadores, en un ataque de convicción, se apartan de sus pecados, aunque no se alejan mucho, para que cuando pase el miedo, poder volver nuevamente a ellos. —Moisés prometió eliminar la plaga. Pero que Faraón no vuelva a hacer tratos engañosos. No os engañéis, Dios no puede ser burlado: si pensamos engañar a Dios con un arrepentimiento fingido y una falsa rendición a Él, ponemos un engaño fatal sobre nuestra alma. —Faraón volvió a endurecerse. Las lujurias que gobiernan al hombre rompen los lazos más firmes y hacen que los hombres sean presumidos y no cumplan su palabra. Muchos parecen sinceros, pero hay una reserva, algún pecado secreto muy amado. No tienen la voluntad de considerarse como que corren el riesgo de la miseria eterna. Se refrenarán de otros pecados; hacen mucho, dan mucho y hasta se castigan mucho. Dejarán el pecado a veces y, es como si dejaran que su pecado se vaya un poco de tiempo, pero no se deciden a terminar del todo para seguir a Cristo llevando la cruz. En vez de eso, lo arriesgan todo. Sienten pesar, pero se alejan de Cristo decididos a conservar el mundo presente, y esperan, un futuro, cuando puedan obtener la salvación sin sacrificios tan costosos; pero, finalmente, el pobre pecador es arrastrado por su impiedad y se queda sin esperanzas, para lamentar su necesidad.

CAPÍTULO 9

Versículos 1—7. *Mortandad en el ganado.* 8—12. *La plaga de forúnculos y úlceras.* 13—21. *Anuncio de la plaga del granizo.* 22—35. *La plaga del granizo.*

Vv. 1—7. Dios quiere que Israel sea liberado; Faraón se opone, y está en juego de quién es la palabra que prevalecerá. La mano del Señor cae de inmediato sobre el ganado, mucho del cual, algunos de todas las clases, muere por un tipo infeccioso de enfermedad. Esto fue una gran pérdida para sus dueños; ellos habían empobrecido a Israel y, ahora, Dios los empobrecía a ellos. Debe verse la mano de Dios aun en la enfermedad y la muerte del ganado, porque no cae un gorrion a tierra sin la voluntad de nuestro Padre. Nada del ganado de los israelitas moriría; el Señor iba a marcar la diferencia. El ganado murió. Los egipcios adoraban a su ganado. Lo que nosotros idolatramos Dios considera justo quitárnoslo. —Este tirano orgulloso y cruel opresor merecía un trato ejemplar de parte del justo Juez del universo. Nadie que sea castigado conforme a lo que merece, puede quejarse con justicia. La dureza del corazón denota un estado mental en el cual no hacen impresión perdurable las amenazas ni las promesas, los juicios ni las misericordias. La conciencia está endurecida y el corazón lleno de orgullo y presunción, de modo que ellos persisten en la incredulidad y la desobediencia. Este estado mental también se llama el corazón de piedra. Muy diferente es el corazón de carne, el corazón contrito y humillado. Los pecadores no tienen que culpar a nadie, sólo a sí mismos, por el orgullo e impiedad que abusa de la generosidad y la paciencia de Dios. Porque sea como fuere que el Señor endurece los corazones de los hombres, siempre es como un castigo de pecados previos.

Vv. 8—12. Cuando los egipcios no fueron conmovidos por la muerte del ganado, Dios mandó una plaga que los atacó en sus propios cuerpos. Si los juicios menores no hacen la obra, Dios manda uno mayor. A veces, Dios muestra a los hombres su pecado mediante el castigo. Ellos habían oprimido a Israel en los hornos, y ahora las cenizas de los hornos se constituyen en terror para ellos. La plaga misma era muy molesta. Los mismos magos fueron atacados por los forúnculos. El poder de ellos fue refrenado antes; pero ellos siguieron oponiéndose a Moisés y confirmando al Faraón en su incredulidad, hasta que se vieron obligados a ceder. El Faraón insistió en su obstinación. Había endurecido su corazón y, ahora, Dios justamente le dio en conformidad a las lujurias de su corazón, permitiendo que Satanás lo cegara y endureciera. Si los hombres cierran sus ojos a la luz, es justo que Dios les cierre sus ojos. Este es el juicio más doloroso bajo el cual puede estar un hombre fuera del infierno.

Vv. 13—21. Aquí se ordena a Moisés que lleve a Faraón un mensaje espantoso. La Providencia lo ordenó: que Moisés tuviera que vérselas con un hombre de espíritu tan feroz y porfiado como este Faraón; y todo convierte en un señalado ejemplo del poder que Dios tiene para humillar y derrumbar al más orgulloso de sus enemigos. Cuando la justicia de Dios amenaza ruina, al mismo tiempo su misericordia muestra una salida. Dios no solamente hizo distinción entre los egipcios y los israelitas sino entre uno y otro egipcio. Si Faraón no se rendía y así impedía el juicio mismo, quienes habían acatado la advertencia, podían buscar refugio. Algunos creyeron, tuvieron temor y albergaron a sus siervos y ganado en sus casas y esa fue una decisión sabia. Hasta entre los siervos de Faraón hubo algunos que temblaron ante la palabra de Dios, ¿y los hijos de Israel no tendrán temor? Pero otros no creyeron y dejaron el ganado en el campo. La incredulidad obstinada es sorda a las mejores advertencias y a los consejos más sabios, lo que deja que la sangre de los que perecen caiga sobre sus cabezas.

Vv. 22—35. Este granizo hizo una terrible destrucción: mató hombres y ganado; el trigo brotado fue destruido y solamente el que aún no había brotado fue preservado. La tierra de Gosén fue pasada por alto. Dios hace que llueva o granice sobre una ciudad y no en otra, por misericordia o por juicio. —Faraón se humilló a Moisés. Ningún hombre podía haber hablado mejor: él reconoce haber errado; reconoce que Jehová es justo; y Dios debe ser justificado cuando habla, aunque lo haga por medio de truenos y rayos. Pero su corazón seguía endurecido. Moisés ruega a Dios: aunque tiene razón para pensar que Faraón se arrepentirá de haberse arrepentido, y así se lo anuncia, promete ser su amigo. Moisés salió de la ciudad, a pesar del granizo y los rayos que mantuvieron adentro a Faraón y sus sirvientes. La paz con Dios hace a los hombres a prueba de truenos. El Faraón estaba asustado por el tremendo juicio, pero cuando pasó, sus buenas promesas fueron olvidadas. Quienes no mejoran por los juicios y las misericordias, ordinariamente empeoran.

CAPÍTULO 10

Versículos 1—11. *Anuncio de la plaga de langostas—Faraón, aconsejado por sus siervos, se inclina a permitir que los israelitas se vayan.* 12—20. *La plaga de langostas.* 21—29. *La plaga de tinieblas.*

Vv. 1—11. Las plagas de Egipto muestran la gravedad del pecado. Advierten a los hijos de los hombres que no deben luchar con su Hacedor. Faraón había pretendido humillarse, pero no se le tomó en cuenta porque no fue sincero. Se anuncia la plaga de langostas. Esta debía ser mucho peor que cualquiera de esa clase que se hubiera conocido. Los sirvientes de Faraón le persuadieron para que se pusiera de acuerdo con Moisés. En ese momento Faraón quiere dejar que vayan los varones, pretendiendo falsamente que esto era todo lo que ellos deseaban. Jura que no se llevarán a los pequeños. Satanás hace todo lo que puede para impedir que quienes sirven a Dios lleven a sus hijos consigo. Es el enemigo jurado de la piedad precoz. Tenemos razón para sospechar que Satanás está

metido en todo lo que nos impida comprometer a nuestros hijos en el servicio de Dios. Tampoco debe el joven olvidar que el consejo del Señor es: Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud; pero el consejo de Satanás es que se mantenga a los niños como esclavos del pecado y del mundo. Fijaos que el gran enemigo del hombre desea retenerlo con los lazos del afecto, como Faraón hubiera tomado rehenes de los israelitas para garantizar su retorno, reteniendo en cautiverio a esposas e hijos. Satanás está dispuesto a compartir nuestro deber y nuestro servicio con el Salvador, porque el Salvador no aceptará sus condiciones.

Vv. 12—20. Dios hace que Moisés estire su mano; las langostas vienen al llamado. Hubiera sido más fácil resistir a un ejército que a esta hueste de insectos. ¿Entonces, quién es capaz de hacer frente al gran Dios? Cubrieron la faz de la tierra y se comieron su producto. Las hierbas crecen para servir al hombre pero, cuando agrada a Dios, los insectos la saquean y comen el pan de la boca de ellos. Que nuestro trabajo no sea por la habitación y la comida que así quedan expuestos sino para lo que perdura para la vida eterna. —Faraón pide a Moisés y Aarón que oren por él. Hay quienes, en su malestar, buscan la ayuda de las oraciones de otras personas, pero no tienen intención de orar ellos mismos. Con eso demuestran que no tienen un amor verdadero a Dios ni se deleitan en la comunión con Él. Faraón desea solamente que *esta muerte* sea alejada, no *este pecado*. Desea librarse de la plaga de langostas, no de la plaga de un corazón duro que era más peligroso. Un viento oriental trajo las langostas, un viento occidental se las lleva. Donde quiera que esté el viento, obedece la palabra de Dios y gira por su consejo. El viento sopla de donde quiere, en relación a nosotros, pero no así en cuanto a Dios, pues lo respeta. También fue un argumento para el arrepentimiento de ellos, porque por esto parecía que Dios estaba dispuesto a perdonar y es pronto para mostrar misericordia. Si lo hace ante los signos externos de humillación, ¿qué no hará si somos sinceros! ¡Oh, que esta bondad de Dios pueda llevarnos al arrepentimiento! Faraón regresó nuevamente a su resolución de no dejar ir al pueblo. Los que a menudo son detenidos en sus convicciones, es porque están justamente entregados a las concupiscencias de su corazón.

Vv. 21—29. La plaga de las tinieblas traída sobre Egipto fue una plaga espantosa. Era oscuridad que podía palparse, tan espesa era la niebla. Asombraba y aterraba. Continuó por tres días: seis noches de una sola vez; hasta los palacios más iluminados eran como mazmorras. Ahora Faraón tuvo tiempo para considerar si él lo hubiera hecho mejor. Las tinieblas espirituales son esclavitud espiritual; mientras Satanás ciega los ojos de los hombres para que no vean, les ata de pies y manos para que no trabajen para Dios ni se muevan hacia el cielo. Ellos se sientan en tinieblas. Era justo que Dios los castigara así. La ceguera de su mente les acarrió la oscuridad del aire; nunca estuvo tan cegada la mente como la de Faraón; nunca el aire estuvo tan entenebrecido como en Egipto. Hay que temer las consecuencias del pecado; si tres días de tinieblas fueron tan espantosos, ¿cómo serán las tinieblas eternas? —Los hijos de Israel tenían, al mismo tiempo, luz en sus viviendas. No debemos pensar que participamos de las misericordias comunes como algo que se da por sentado y, por tanto, que no debemos gratitud a Dios por ellas. Ellas demuestran el favor particular que Él demuestra a su pueblo. Sin duda que hay luz donde hay un israelita, donde hay un hijo de luz, aunque sea en este mundo de tinieblas. Cuando Dios hizo esta diferencia entre los israelitas y los egipcios, ¿quién no hubiera preferido la pobre choza de un israelita al hermoso palacio de un egipcio? Hay una diferencia real entre la casa del impío que está bajo maldición y la vivienda del justo que es bendecido. —Faraón renovó su tratado con Moisés y Aarón y consintió en que llevaran a sus hijos, pero dejando el ganado. Es común que los pecadores regateen con Dios Todopoderoso; así tratan de burlarse de Él, pero se engañan a sí mismos. Las condiciones de la reconciliación con Dios han sido fijadas de modo que, aunque los hombres las discutan por largo tiempo, no pueden alterarlas ni rebajarlas. Tenemos que cumplir las exigencias de la voluntad de Dios; no podemos esperar que Él condescienda a los términos que dicte nuestra lujuria. Debemos consagrar todas nuestras pertenencias mundanas, con nosotros mismos y nuestros hijos, al servicio de Dios; nosotros no sabemos qué uso hará Él de alguna parte de lo que tenemos. —Faraón se retiró abruptamente de la conferencia y resolvió no hacer más tratos. ¿Se había olvidado de la frecuencia con que mandaba traer a Moisés para que lo aliviara de sus plagas? ¿Ahora había que decirle que no

viniera más? ¡Vana maldad! ¡Amenazar con la muerte, a quien estaba armado con tamaño poder! ¡A qué punto llevará a los hombres la dureza de su corazón y el desprecio por la palabra de Dios y sus mandamientos! Después de esto Moisés no volvió a venir hasta que lo mandaron llamar. Cuando los hombres echan de sí la palabra de Dios Él los entrega justamente a sus propios engaños.

CAPÍTULO 11

Versículos 1—3. *Las últimas instrucciones de Dios a Moisés respecto a Faraón y los egipcios.* 4—10. *Anuncio de la muerte de los primogénitos.*

Vv. 1—3. Una revelación secreta fue hecha a Moisés mientras aún estaba en la presencia de Faraón, para que le diera la advertencia del último juicio espantoso antes de irse. Este fue el último día de la servidumbre de Israel; estaban por partir. Sus amos, que habían abusado de ellos en su trabajo, los hubieran enviado con las manos vacías, pero Dios hizo provisión para que los trabajadores no perdieran lo que les correspondía por su trabajo y les ordenó *pedir* ahora, en su partida, y les fue dada. Dios curará al herido que, en humilde silencio le encomendó su causa; y al final ninguno de los que sufren con paciencia sale perdiendo. El Señor les dio gracia ante los egipcios, haciendo evidente cuánto los favorecía. Además cambió el espíritu de los egipcios hacia ellos, y los hizo tener la compasión de sus opresores. Los que honran a Dios serán honrados por Él.

Vv. 4—10. La muerte de todos los primogénitos de Egipto de una sola vez: esta plaga había sido la primera en anunciarse, pero fue la última en ejecutarse. Fijaos cuán lento es Dios para la ira. La plaga se anuncia y se fija el tiempo; todos sus primogénitos dormirían el sueño de la muerte, no silenciosamente sino como para despertar a las familias a medianoche. El príncipe no estaba tan alto como para no ser alcanzado por esto, ni los esclavos del molino estaban demasiado bajo para pasar inadvertidos. —Mientras los ángeles mataban a los egipcios, ni tan siquiera un perro iba a ladrar entre los hijos de Israel. Esto es un anticipo de la diferencia que habrá en el gran día entre el pueblo de Dios y sus enemigos. Si los hombres supieran cuál es la diferencia que marca Dios, y marcará por toda la eternidad, entre los que le sirven y quienes no le sirven, la religión no les parecería cosa indiferente; ni tampoco actuarían en esto con tanta negligencia como lo hacen. —Cuando Moisés hubo así entregado su mensaje, se fue de la presencia de Faraón con gran enojo por su obstinación, aunque él era el hombre más manso de la tierra. —La Escritura ha anunciado la incredulidad de muchos que oyen el evangelio, para que no sea una sorpresa o una piedra de tropiezo para nosotros, Romanos x, 16. No pensemos nunca lo peor del evangelio de Cristo por la marcada negligencia que los hombres le asignan. —Faraón se endureció, a pesar de que se le convenció a que depusiera sus severas y altivas exigencias para que los israelitas obtuvieran la plena libertad. En forma semejante el pueblo de Dios hallará que cada lucha contra su adversario espiritual, hecha en el poder de Jesucristo, cada intento de vencerlo por la sangre del Cordero, y todo deseo de alcanzar creciente semejanza y amor al Cordero, serán recompensados con creciente libertad del enemigo de las almas.

CAPÍTULO 12

Versículos 1—20. *Cambio del comienzo del año—Institución de la pascua.* 21—28. *Instrucciones al pueblo para la observancia de la pascua.* 29—36. *Muerte de los primogénitos egipcios—Se pide a los Israelitas que salgan de la tierra de Egipto.* 37—42. *La primera jornada de los Israelitas hasta Sucot.* 43—51. *Orden de respetar la pascua.*

Vv. 1—20. El Señor hace nuevas todas las cosas para aquellos que libera de la esclavitud de Satanás y los toma para sí mismo a fin de que sean su pueblo. El momento en que Él hace esto, para ellos es el comienzo de una vida nueva. —Dios señaló que, la noche en que iban a salir de Egipto, cada familia matara un cordero o que dos o tres familias, si eran pequeñas, debían matar un cordero en conjunto. Este cordero tenía que comerse en la manera aquí indicada y la sangre debía rociarse en el dintel y en los postes para señalar las casas de los Israelitas, y distinguirlas de las de los egipcios. El ángel del Señor, cuando destruyera a los primogénitos egipcios, *pasaría por alto*) las casas marcadas con la sangre del cordero: de aquí el nombre de esta fiesta u ordenanza sagrada.¹

La Pascua debería celebrarse cada año, tanto como recordatorio de la preservación de Israel y su liberación de Egipto, y como un notable tipo de Cristo. La seguridad y liberación de los israelitas no fue una recompensa de su justicia propia sino una dádiva misericordiosa. A ellos les recordaba esto y, por medio de esta ordenanza, se les enseñó que todas las bendiciones les llegaron por medio del derramamiento y el rociamiento de sangre. —Obsérvese: —1. *El cordero pascual era un tipo.* Cristo es nuestra Pascua, 1 Corintios v, 7. Cristo es el Cordero de Dios, Juan i, 29; a menudo, se le llama Cordero en Apocalipsis. Tenía que ser de calidad óptima; Cristo se ofreció en lo mejor de su edad, no cuando era el bebé de Belén. Tenía que carecer de todo defecto; el Señor Jesús fue un Cordero sin mancha: El juez que condenó a Cristo lo declaró inocente. Tenía que ser puesto aparte cuatro días antes, denotando esto la designación del Señor Jesús para ser Salvador, tanto en el propósito como en la promesa. Tenía que ser muerto y quemado con fuego, denotando esto los penosos sufrimientos del Señor Jesús, hasta la muerte y la muerte de cruz. La ira de Dios es como fuego y Cristo fue hecho maldición por nosotros. Ningún hueso suyo debía quebrarse, cosa que se cumplió en Cristo, Juan xix, 33, indicando esto la fortaleza no quebrantada del Señor Jesús. —2. *El rociamiento de la sangre era un tipo.* La sangre del cordero debía rociarse, indicando la aplicación de los méritos de la muerte de Cristo a nuestras almas; tenemos que recibir la expiación, Romanos v, 11. La fe es el hisopo con que se nos aplican las promesas y los beneficios de la sangre de Cristo. Tenía que rociarse en el dintel y los postes de la puerta, señalando la profesión directa de fe en Cristo que tenemos que hacer. No tenía que rociarse sobre el umbral, lo cual nos advierte para tener el cuidado de no pisotear la sangre del pacto. Es sangre preciosa y debe ser preciosa para nosotros. La sangre, así rociada, fue un medio para preservar a los israelitas del ángel destructor, que no tenía nada que hacer donde estuviera la sangre. La sangre de Cristo es la protección del creyente de la ira de Dios, de la maldición de la ley, y de la condenación del infierno, Romanos viii, 1. 3. *El comer solemnemente el cordero era un tipo de nuestro deber hacia Cristo en el evangelio.* El cordero pascual no era sólo para contemplarlo, sino para comerlo. Así, por fe tenemos que apropiarnos de Cristo; y recibir fuerza y alimento espiritual de Él, como de nuestra comida; véase Juan vi, 53, 55. Era para ser comido *todo*; los que por fe se alimentan de Cristo, deben hacerlo de un Cristo total: debe tomar a Cristo y su yugo, a Cristo y su cruz, y asimismo a Cristo y su corona. Tenía que ser comido de una sola vez, de inmediato, sin dejar nada para la mañana. Hoy se ofrece a Cristo y debe ser recibido en tanto se dice hoy, antes que durmamos el sueño de la muerte. Tenía que ser comido con hierbas amargas, recordando la amargura de la esclavitud en Egipto; nosotros debemos alimentarnos de Cristo con dolor y con el corazón quebrantado, recordando el pecado. Cristo será dulce para nosotros si el pecado es amargo. Tenía que comerse de pie con el bordón en la mano, listos para partir. Cuando nos alimentamos de Cristo por fe, debemos abandonar el reinado y el dominio del pecado; liberarnos del mundo y de todo lo que en él hay; abandonarlo todo por Cristo y no considerarlo como mal negocio, Hebreos xiii, 13, 14. *La fiesta de los panes sin levadura era un*

tipo de la vida cristiana, 1 Corintios v, 7, 8. Habiendo recibido a Cristo Jesús el Señor debemos gozarnos continuamente en Cristo Jesús. Ninguna clase de obra debe hacerse, esto es, no admitir ni albergar afanes, que no concuerden con este santo gozo, o que lo rebajen. Los judíos eran muy estrictos en cuanto a que en la Pascua nada de levadura debía hallarse en sus casas. Debe ser una fiesta que se observa con caridad, sin la levadura de la malicia; y con sinceridad, sin la levadura de la hipocresía. Era una ordenanza perpetua: en la medida que vivamos debemos seguir alimentándonos de Cristo, regocijándonos en Él siempre, y mencionando con gratitud las grandes cosas que Él ha hecho por nosotros.

Vv. 21—28. Esa noche, cuando los primogénitos iban a ser destruidos, ningún israelita debía salir por las puertas hasta que fueran llamados a marcharse de Egipto. Su seguridad se debía a la sangre rociada. Si dejaban esa protección, lo hacían a su propio riesgo. Ellos debían permanecer adentro esperando la salvación de Jehová; es bueno hacerlo. En el tiempo venidero tenían que enseñar cuidadosamente a sus hijos el significado de este servicio. Es bueno que los niños pregunten acerca de las cosas de Dios; los que buscan el camino lo hallarán. Observar anualmente esta solemnidad era: —1. *Mirar atrás* para recordar cuántas cosas grandes Dios había hecho por ellos y por sus padres. Las misericordias antiguas para con nosotros o para con nuestros padres no se deben olvidar para que Dios sea alabado y nuestra fe en Él sea fortalecida. —2. Tenía el propósito de *mirar adelante* como prenda del gran sacrificio del Cordero de Dios en el cumplimiento del tiempo. Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificado por nosotros; su muerte fue nuestra vida.

Vv. 29—36. Las tinieblas mantuvieron a los egipcios en ansiedad y horror durante tres días y con sus noches; ahora, su reposo lo interrumpe una calamidad mucho más terrible. La plaga atacó a sus primogénitos, el gozo y esperanza de sus familias. Ellos habían dado muerte a los hijos de los hebreos, ahora Dios mataba a los suyos. Abarcó desde el trono al calabozo: príncipe y campesino quedan al mismo nivel ante los juicios de Dios. El ángel destructor, como mensajero del dolor, entró a cada vivienda que no tenía la señal de la sangre. Realizó su diligencia espantosa sin dejar casa en que no hubiera un muerto. Imaginaos, entonces, el clamor que corrió por la tierra de Egipto, el largo y estridente aullido de agonía que estalló en cada vivienda. Así será en la hora espantosa en que el Hijo del hombre visite a los pecadores con el juicio final. Los hijos de Dios, sus primogénitos, se salvaron. Mejor es que los hombres se sometan primero a las condiciones de Dios, porque Él nunca seguirá las de ellos. —Ahora el orgullo de Faraón es abatido y se rinde. La palabra de Dios es la que permanece; nada sacamos con disputar o con la tardanza en someternos. El terror de los egipcios consiguió el favor y la rápida partida de Israel. Así, pues, el Señor cuidó que les fueran pagados los salarios duramente ganados y la gente les proveyó para el viaje.

Vv. 37—42. Los hijos de Israel se pusieron en marcha sin tardanza. Una multitud de toda clase de gente fue con ellos. Quizá algunos estuvieran dispuestos a dejar su patria, desolada por las plagas; otros, por curiosidad; quizá unos pocos por amor a ellos y su religión. Pero entre los israelitas siempre hubo quienes no eran israelitas. De la misma manera aún hay hipócritas en la iglesia. —Este gran acontecimiento sucedió a los 430 años de hacerse la promesa a Abraham: véase Gálatas iii, 17. Tanto tiempo había estado sin cumplirse la promesa de establecerlos en su tierra; pero, aunque las promesas de Dios no tengan rápido cumplimiento, se cumplirán en el momento más oportuno. —Esta es esa noche del Señor, la noche notable, digna de celebrarse en todas las generaciones. Las grandes cosas que Dios hace por su pueblo no son una maravilla sólo para unos cuantos días, sino para ser recordadas en todas las épocas, especialmente la obra de nuestra redención por Cristo. La primera noche de la Pascua fue una noche del Señor, digna de ser observada; pero la noche última de la Pascua, en que Cristo fue traicionado y en que se puso término a la primera Pascua, con las demás ceremonias judías, fue una noche del Señor, que debe ser celebrada mucho más. En dicha ocasión, fue quebrantado y quitado de nuestro cuello un yugo, más pesado que el de Egipto, y se nos puso por delante una tierra mejor que la de Canaán. Fue una redención digna de celebrarse en el cielo por toda la eternidad.

Vv. 43—51. En los tiempos venideros toda la congregación de Israel debía guardar la Pascua. Todos los que participan de las misericordias de Dios deben unirse en alabanzas de gratitud por ellas. La Pascua del Nuevo Testamento, la cena del Señor, no debe ser descuidada por nadie. —Los extranjeros, si eran circuncidados, podían comer la Pascua. He aquí una indicación temprana de favor hacia los gentiles. Esto enseñó a los judíos que lo que les daba derecho a sus privilegios era el ser una nación favorecida por Dios, no su descendencia de Abraham. —Cristo, nuestra Pascua, fue sacrificada por nosotros, 1 Corintios v, 7. su sangre es el único rescate por nuestras almas; sin el derramamiento de sangre no hay remisión; sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Por fe en Él, ¿hemos refugiado nuestras almas de la merecida venganza, poniéndolas bajo la protección de su sangre expiatoria? ¿Nos mantenemos cerca de Él, descansando constantemente en Él? ¿Profesamos nuestra fe en el Redentor y nuestras obligaciones para con Él, de modo que todos los que pasan por nuestro lado sepan a quien pertenecemos? ¿Estamos preparados para su servicio, dispuestos a andar en sus caminos y a separarnos de sus enemigos? Estas son preguntas de enorme importancia para el alma; que el Señor dirija nuestras conciencias para contestarlas con honestidad.

CAPÍTULO 13

Versículos 1—10. *Consagración a Dios de los primogénitos—Orden de conmemorar la Pascua.* 11—16. *Separación de los primogénitos de las bestias.* 17—20. *Los huesos de José llevados por los israelitas—Llegada a Etam.* 21, 22. *Dios guía a los israelitas por medio de una columna de nube y de fuego.*

Vv. 1—10. En conmemoración de la destrucción de los primogénitos de Egipto, de los hombres y las bestias, y de la liberación de los israelitas de la esclavitud, los varones primogénitos de los israelitas fueron apartados para el Señor. Por este medio se les hizo presente que sus vidas habían sido preservadas por medio del rescate de la expiación, la que a su debido tiempo se iba a hacer por el pecado. Ellos debían también considerar que sus vidas, así rescatadas de la muerte, debían estar ahora consagradas al servicio de Dios. Los padres no tenían que pensar que tuvieran algún derecho a sus primogénitos, hasta que los presentaran solemnemente a Dios, y Él les diera su título de propiedad a ellos. Lo que, por misericordia especial, nos es devuelto debe aplicarse a la honra de Dios; por lo menos, debe hacerse un reconocimiento de gratitud con obras de piedad y amor. —La conmemoración de su salida de Egipto debía observarse anualmente. El día de la resurrección de Cristo debe conmemorarse porque en él fuimos resucitados con Cristo, saliendo de la casa de esclavitud y muerte. La Escritura no nos dice expresamente qué día del año resucitó Cristo, pero establece particularmente qué día de la semana ocurrió, porque como liberación más valiosa debe conmemorarse *semanalmente*. —Los israelitas debían guardar la fiesta de los panes sin levadura. En el evangelio no sólo recordamos a Cristo sino que observamos la santa cena. Haced esto en memoria de Él. Además hay que tener cuidado de enseñar a los niños el conocimiento de Dios. Esta es una antigua ley para la catequesis. Es sumamente útil familiarizar a los niños en su temprana infancia con los relatos de la Biblia. Los que tienen la ley de Dios en sus corazones deben tenerla en su boca para hablar de ella a menudo, para afectarse a sí mismos y enseñar a los demás.

Vv. 11—16. Los primogénitos de las bestias que no se usaban para el sacrificio tenían que cambiarlos por otros que se usaran o había que destruirlos. Nuestra alma ha sido entregada a la justicia de Dios y a menos que sea rescatada por el sacrificio de Cristo, ciertamente perecerá. Estas instituciones les recordarian continuamente su deber de amar y servir al Señor. De igual manera el bautismo y la cena del Señor, si se explican y se observan adecuadamente, nos harán recordar nuestra profesión y nuestro deber, dándonos ocasión de recordarnos los unos a otros.

Vv. 17—20. Había dos caminos de Egipto a Canaán. Uno era de sólo unos pocos días de viaje; el otro, era mucho más largo, yendo hacia el desierto, y ese fue el camino que Dios eligió para

conducir a su pueblo Israel. Los egipcios tenían que ahogarse en el Mar Rojo; los israelitas tenían que humillarse y ser probados en el desierto. El camino de Dios es el buen camino, aunque no lo parezca. Si pensamos que Él no conduce a su pueblo por el camino *más corto* podemos tener, no obstante, la seguridad de que Él los lleva por el *mejor camino* y así quedara en evidencia cuando hayamos llegado al final de nuestro viaje. Los filisteos eran enemigos fuertes; era necesario que los israelitas fueran preparados para las guerras de Canaán, pasando por las dificultades del desierto. Así, pues, Dios proporciona las pruebas a su pueblo para fortaleza de ellos, 1 Corintios x, 13. — Salieron en buen orden. Unos iban de a cinco por fila; otros, en cinco bandas, lo que parece ser significativo. Llevaron consigo los huesos de José. Era un estímulo para su fe y esperanza que Dios los llevara a Canaán, cuya esperanza hacía que ellos llevaran sus huesos por el desierto.

Vv. 21, 22. El Señor iba delante de ellos en una columna, como presencia de la Majestad Divina. Cristo estaba con la iglesia del desierto, 1 Corintios x, 9. A quienes Dios lleva a un desierto, Dios nos los abandonará ni los dejará perderse allí, sino que se cuidará de guiarlos en la travesía. Fue una gran satisfacción para Moisés y para los israelitas piadosos tener la seguridad de estar bajo la dirección divina. Quienes tienen como fin la gloria de Dios, como regla la palabra de Dios, como guía de sus afectos al Espíritu de Dios, y a la providencia de Dios como guía de sus asuntos, pueden estar seguros de que el Señor va delante de ellos, aunque no lo puedan ver con sus ojos: ahora debemos vivir por fe. — Cuando Israel marchaba, la columna iba adelante y señalaba el lugar para acampar, según lo estimara conveniente la Sabiduría Divina. De día los resguardaba del calor y por la noche les daba luz. — La Biblia es lámpara a nuestros pies, y lumbrera a nuestro camino, la que en su amor nos ha dejado el Salvador. Da testimonio de Cristo. Para nosotros es como la columna para los israelitas. Escuchad la voz que clama: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida, Juan viii, 12. Sólo Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida, Juan xiv, 6, según lo muestra la Biblia y lo recomienda el Espíritu Santo al alma en respuesta a la oración.

CAPÍTULO 14

Versículos 1—9. *Dios lleva a los israelitas a Pi-hahiroth.—Faraón los persigue.* 10—14. *Los israelitas se quejan—Moisés los consuela.* 15—20. *Instrucciones de Dios a Moisés—La nube entre los israelitas y los egipcios.* 21—31. *Los israelitas cruzan el Mar Rojo, los egipcios se ahogan.*

Vv. 1—9. Faraón pensó que todo Israel estaba atrapado en el desierto y que sería presa fácil. Pero Dios dijo: Seré glorificado en Faraón. Siendo todos los hombres hechos para honra de su Hacedor, Él será honrado *en* aquellos *por* quienes Él no es honrado. Lo que pareciera ser para la ruina de la iglesia a menudo suele ser utilizado para ruina de los enemigos de la iglesia. Aunque Faraón satisfizo su maldad y venganza, él ayudó a que se cumplieran los consejos de Dios acerca de él. Aunque había dejado salir a Israel con toda razón, ahora estaba enojado consigo mismo por haberlo hecho. Dios hace que la envidia y furia de los hombres contra su pueblo, sea un tormento para ellos mismos. Los que vuelven sus rostros al cielo y viven piadosamente en Cristo Jesús deben esperar el acoso de las tentaciones y terrores de Satanás. Él no dejará mansamente que nadie salga de su servicio.

Vv. 10—14. No había camino abierto para Israel, sino hacia arriba y, de ahí, vino la liberación de ellos. Nosotros podemos estar en el camino del deber, siguiendo a Dios, y avanzando hacia el cielo, pero podemos estar rodeados de tribulaciones. Algunos clamaron al Señor; el temor los hizo orar y eso estuvo bien. Dios nos pone en aprietos para ponernos de rodillas. Otros clamaron contra Moisés; el miedo los hizo murmurar como si Dios no fuera aún capaz de hacer milagros. Ellos riñeron con Moisés por haberlos sacado de Egipto y, así, estaban enojados con Dios por la bondad

más grande que se les había hecho; así de groseros son los absurdos de la incredulidad. —Moisés dice: No temáis. Cuando no podamos salir de los problemas, siempre es nuestro deber e interés, ponernos por sobre nuestros temores; que aviven nuestras oraciones y esfuerzos, pero que no silencien nuestra fe y esperanza. —“Estad firmes”; no penséis en salvaros a vosotros mismos luchando o huyendo; esperad las órdenes de Dios y obedecedlas. Conservad la serenidad, confiados en Dios para que penséis pacíficamente en la gran salvación que Dios está por obrar por vosotros. Si Dios permite que su pueblo esté en aprietos, hallará el camino para sacarlos.

Vv. 15—20. Las silenciosas oraciones de fe de Moisés prevalecieron delante de Dios más que los fuertes gritos de terror de Israel. La nube y la columna de fuego iban tras ellos donde necesitaban guardia, y eran un muro entre ellos y sus enemigos. La palabra y providencia de Dios tienen un lado negro y tenebroso para el pecado y los pecadores, pero un lado luminoso y agradable para el pueblo del Señor. Aquel que separó la luz de las tinieblas, Génesis i, 4, asignó la oscuridad a los egipcios y la luz a los israelitas. Esa diferencia habrá entre la herencia de los santos en luz y las negras tinieblas que será la porción de los hipócritas para siempre.

Vv. 21—31. La división del Mar Rojo fue terror para los cananeos, Josué ii, 9, 10; la alabanza y el triunfo de los israelitas, Salmo cxiv, 3; cvi, 9; cxxxvi, 13. Fue un tipo de bautismo, 1 Corintios x, 1, 2. El paso de los israelitas en medio del mar era tipo de la conversión de almas, Isaías xi, 15; y que los egipcios fueran ahogados en él era tipo de la ruina final de los pecadores impenitentes. — Dios mostró su omnipotencia abriendo un paso en medio de las aguas, de unas cuantas millas de largo. Dios puede llevar a su pueblo a través de las dificultades más grandes, y hacer camino donde no haya. Fue un ejemplo de su favor maravilloso hacia su Israel. Ellos pasaron en medio del mar, caminaron en seco por el fondo del mar. Fue hecho para animar al pueblo de Dios de todas las épocas para que confíen en Dios en las dificultades más grandes. ¿Qué *no puede* hacer el que hizo esto? ¿Qué *no hará* Él por quienes le temen y aman, puesto que hizo esto por los israelitas quejosos e incrédulos? —Luego sobrevino la ira recta y justa de Dios sobre sus enemigos y los de su pueblo. La ruina de los pecadores la acarrearán ellos mismos por su propio furor y soberbia. Ellos pudieran haber dejado en paz a Israel, pero no quisieron; ahora les gustaría huir del rostro de Israel, pero no pueden. Los hombres no se convencen hasta que es demasiado tarde, de que los que se meten contra el pueblo de Dios, lo hacen para su propio perjuicio. —Se ordenó a Moisés que extendiera su mano sobre el mar; las aguas regresaron y ahogaron a toda la hueste de los egipcios. Faraón y sus siervos, que se habían endurecido mutuamente en pecado, juntos cayeron ahora, sin escapar ninguno. Los israelitas vieron muertos a los egipcios sobre las arenas. El espectáculo los afectó mucho. Cuando los hombres ven las obras de Dios y se dan cuenta del beneficio recibido, le temen y confían en Él. ¡Qué bueno sería para nosotros si siempre estuviéramos de buen ánimo, como a veces pasa! He aquí el fin hacia el cual puede mirar el cristiano. Sus enemigos arden de furor y son poderosos; pero mientras él esté firmemente sostenido por Dios, pasará a salvo las olas, guardado por el mismo poder de su Salvador, que descenderá contra cada enemigo espiritual. Los enemigos de su alma que haya visto hoy, no los verá nunca más.

CAPÍTULO 15

Versículos 1—21. *El cántico de Moisés por la liberación de Israel.* 22—27. *Las aguas amargas de Mara—Los israelitas llegan a Elim.*

Vv. 1—21. Este cántico es el más antiguo que conocemos. Es un cántico santo para el honor de Dios, para exaltar su nombre y celebrar su alabanza y solamente la suya pues en lo más mínimo magnífica a ningún hombre. La santidad al Señor está en cada parte suya. Puede ser considerado como tipo y profecía de la destrucción final de los enemigos de la iglesia. —Dichosos aquellos cuyo Dios es el Señor. Ellos tienen trabajo para hacer, tentaciones con las cuales contender y aflicciones que soportar y en sí mismos son débiles pero su gracia es *la fortaleza de ellos*. A menudo están apenados pero en Él tienen consuelo; Él es *el cántico de ellos*. El pecado y la muerte y el infierno los amenazan pero Él es y será *la salvación de ellos*. El Señor es un Dios todopoderoso y ¡ay de aquellos que luchan con su Hacedor! Él es un Dios de incomparable perfección; Él es *glorioso en santidad*; su santidad es su gloria. Su santidad se muestra en el odio del pecado y su ira contra los pecadores obstinados. Se ve en la liberación de Israel y su fidelidad a su propia promesa. Él es temible en alabanzas; aquello que es materia de alabanza para los siervos de Dios, es muy espantoso para sus enemigos. Él está *obrando prodigios*, cosas fuera del curso corriente de la naturaleza; maravillas para aquellos en cuyo favor son hechas, que son tan indignos que no tenían razón para esperarlas. Hubo prodigios de poder y prodigios de gracia; en ambos Dios era para ser humildemente adorado.

Vv. 22—27. En el desierto de Shur los israelitas no tuvieron agua. En Mara tuvieron agua pero era amarga de modo que no pudieron beberla. Dios puede hacernos amargo eso que más nos prometamos a nosotros mismos y, a menudo lo hace así en el desierto de este mundo, para que nuestras carencias y desengaños en la criatura nos lleven al Creador en cuyo solo favor puede tenerse consuelo verdadero. —En su malestar la gente se afaná y peleó con Moisés. Los hipócritas pueden mostrar mucho afecto y parecer fervorosos en los ejercicios religiosos pero caen en el momento de la tentación. Aun los creyentes verdaderos será tentados, en momentos de aguda prueba, a afanarse, desconfiar y rezongar. Pero en cada prueba debemos echar nuestra preocupación sobre el Señor y derramar nuestros corazones ante Él. Entonces hallaremos que una voluntad sumisa, una conciencia pacífica y los consuelos del Espíritu Santo volverán soportable a la prueba más amarga, hasta agradable, sí. —Moisés hizo lo que el pueblo había descuidado hacer; él clamó al Señor. Dios proveyó bondadosamente para ellos. Él dirigió a Moisés hacia un árbol que arrojó a las aguas que, de inmediato, fueron endulzadas. Algunos hacen de este árbol un tipo de la cruz de Cristo que endulza las aguas amargas de la aflicción para todos los fieles y les capacita para regocijarse en la tribulación. Pero el israelita rebelde no saldrá mejor librado que el egipcio rebelde. La amenaza es solamente implícita, la promesa es explícita. Dios es el gran Médico. Si somos bien conservados, es Él que nos mantiene; si somos mejorados, Él es quien nos recupera. Él es nuestra vida y el largo de nuestros días. No olvidemos que somos preservados de la destrucción y librados de nuestros enemigos para ser los siervos del Señor. —En Elim tuvieron agua buena y suficiente. Aunque por un tiempo Dios puede ordenar que su pueblo acampe al lado de las aguas amargas de Mara, esa no será por siempre su suerte. No desfallezcamos en las tribulaciones.

CAPÍTULO 16

Versículos 1—12. *Los israelitas llegan al desierto de Sin—Murmuran por la comida—Dios promete pan del cielo.* 13—21. *Dios manda codornices y maná.* 22—31. *Detalles sobre el maná.* 32—36. *Un gomer de maná para conservar.*

Versículos 1—12. Las provisiones de Israel, traídas de Egipto, se acabaron a mediados del segundo mes y ellos murmuraron. —No es novedad que las más grandes bondades se representen con baja como los perjuicios más grandes. Su apreciación de la liberación era tan baja, que desearon haber muerto en Egipto, y por la mano del Señor, esto es, por las plagas que mataron a los egipcios. No podemos suponer que tenían abundancia en Egipto, ni que les fuera posible sentir miedo de morir de hambre en el desierto mientras tuvieran rebaños y manadas: nadie dice cosas más absurdas que los que murmuran. Cuando empezamos a agitarnos, tenemos que considerar que Dios oye todas nuestras quejas. —Dios promete una provisión oportuna y constante. Probó si ellos iban a confiar en Él y se quedarían satisfechos teniendo el pan del día a tiempo. De esta manera probó si ellos le servirían y se vio claramente lo desagradecidos que eran. Cuando Dios *mandó las plagas* a los egipcios fue para hacerles saber que Él era el Señor; cuando *proveyó* para los israelitas, fue para hacerles saber que Él era su Dios.

Vv. 13—21. Al anochecer llegaron las codornices y la gente atrapó fácilmente cuantas necesitaran. El maná llegó con el rocío. Ellos lo llamaron Maná, *Man hu* que significa “¿Qué es esto?” “Es una porción; es lo que nuestro Dios nos ha asignado y lo tomaremos, y estemos agradecidos”. Era una comida agradable; era un alimento saludable. El maná llovía del cielo; cuando el rocío cesaba de descender, aparecía como una cosa menuda redonda, menuda como la escarcha que cubre la tierra, como la semilla del cilantro, de un color semejante al de las perlas. El maná caía sólo seis días de la semana y en doble cantidad el sexto día; se agusanaba y se descomponía si se guardaba por más de un día, excepto en el día de reposo. La gente nunca lo había visto antes. Podían molerlo en el molino, o machacarlo en un mortero, y luego hacer tortas y hornearlas. Duró los cuarenta años que los israelitas estuvieron en el desierto, por donde fueran, y cesó cuando entraron en Canaán. Todo esto muestra cuán diferente era de cualquier cosa hallada antes o ahora. —Ellos tenían que recoger el maná cada mañana. Aquí se nos enseña: —1. *A ser prudentes y diligentes para proveer comida para nosotros y nuestros hogares;* trabajar tranquilos y comer nuestro propio pan, no el pan del ocio o del engaño. La abundancia de parte de Dios da lugar al deber del hombre; así era aun cuando llovía maná; ellos no debían comer sino hasta haber recogido. —2. *A estar contentos con lo suficiente.* Quienes más tienen, tienen sólo alimento y vestimenta para sí mismos; los que tienen menos, por lo general tienen esas cosas, de modo que quien recoge mucho nada tiene que sobre y al que junta poco nada le falta. No hay desproporción entre uno y el otro en el *disfrute* de las cosas de esta vida, como la hay en la simple *posesión* de ellas. —3. *A confiar en la Providencia:* que duerman en paz aunque no tengan pan en sus tiendas, ni en todo el campamento, confiando en que Dios, al día siguiente, les traerá el pan cotidiano. Estaba más seguro y a salvo en el almacén de Dios que en su poder, y de ahí, vendría más dulce y más fresco. Véase aquí cuán necio es acumular. El maná acumulado por algunos, que se creyeron más sabios y mejores administradores que sus vecinos, y que quisieron abastecerse para que no les fuera a faltar al día siguiente, se agusanó y se descompuso. Resultará completamente desperdiciado lo que se ahorra codiciosamente y sin fe. Tales riquezas son corruptas, Santiago, v, 2, 3. —La misma sabiduría, poder y bondad que desde lo alto trajo para los israelitas alimento diario en el desierto, produce el alimento anualmente desde la tierra en el curso constante de la naturaleza, y nos da todas las cosas ricamente para disfrutar.

Vv. 22—31. Aquí se menciona un séptimo día de reposo. Era conocido, no sólo antes de darse la ley en el monte Sinaí, sino antes que saliera Israel de Egipto, aun desde el principio, Génesis ii, 3. Separar un día de cada siete para la obra sagrada, y para el descanso santo, estaba establecido desde que Dios creó al hombre sobre la tierra, y es la más antigua de las leyes divinas. Al designar el

séptimo día para el descanso, Él se preocupó que debido a ello no fueran a salir perdiendo; y nadie nunca saldrá perdiendo por servir a Dios. En ese día tenían que juntar suficiente para dos días y dejarlo preparado. Esto nos enseña a ordenar los asuntos familiares para que nos estorben lo menos posible en la obra del día de reposo. Hay trabajos necesarios que inevitablemente deben hacerse ese día, pero es deseable tener lo menos posible para hacer, a fin de que podamos dedicarnos más libremente a prepararnos para la vida venidera. Cuando guardaban maná en contra del mandamiento, se podría; cuando lo guardaban por una orden, era dulce y bueno; todo es santificado por la palabra de Dios y la oración. Dios no enviaba maná en el séptimo día, por tanto ellos no debían esperarlo ni salir a juntarlo. Esto mostraba que era producido en forma milagrosa.

Vv. 32—36. Habiendo Dios provisto el maná para que fuera el alimento de su pueblo en el desierto, debían guardar una cantidad como recuerdo. El pan comido no debe olvidarse. Los milagros y las misericordias de Dios son para recordarlos. La palabra de Dios es el maná por el cual se nutren nuestras almas, Mateo iv, 4. Las consolaciones del Espíritu son maná escondido, Apocalipsis ii, 17. Estas vienen del cielo, como el maná, y son el sustento y el consuelo de la vida divina en el alma, mientras estamos en el desierto de este mundo. Cristo en la palabra es para aplicarlo al alma y los medios de gracia son para usarse. Cada uno de nosotros debe juntar para sí mismo y debe hacerlo en la mañana de nuestros días, la mañana de nuestras oportunidades; si lo dejamos irse, puede que se haga muy tarde para recoger. El maná no es para acumularlo sino para comérselo; quienes han recibido a Cristo deben vivir por fe en Él, y no recibir en vano su gracia. Hubo maná suficiente para todos, suficiente para cada uno, y nadie tuvo demasiado; así, pues, en Cristo hay suficiente pero no más de lo que necesitamos. Los que comieron maná, volvieron a tener hambre, murieron finalmente, y de muchos de ellos no se agradó Dios; mientras los que se alimentaron de Cristo por fe, nunca volverán a tener hambre ni morirán jamás y de ellos se agrada Dios para siempre. Busquemos fervorosamente la gracia del Espíritu Santo para que convierta todo nuestro conocimiento de la doctrina de Cristo crucificado en el alimento espiritual de nuestras almas por fe y amor.

CAPÍTULO 17

Versículos 1—7. *Los israelitas murmuran por agua en Refidim—Dios les manda agua de la roca.* 8 —16. *Amalec es vencido—Las oraciones de Moisés.*

Vv. 1—7. Los hijos de Israel viajaron conforme al mandamiento del Señor, conducidos por la columna de nube y fuego, pero llegaron a un lugar donde no había agua para que ellos bebieran. Nosotros podemos andar por el camino del deber, pero encontrarnos con problemas, a los que nos lleva la Providencia, para probar nuestra fe, y para que Dios sea glorificado en nuestra liberación. Ellos empezaron a preguntarse si Dios estaba o no con ellos. Esto lo llama “tentar a Dios”, lo que significa desconfiar de Él después de haber recibido tales demostraciones de su poder y bondad. — Moisés les respondió con gentileza. Necio es responder pasión con pasión; eso empeora lo malo. — Dios en su gracia se presentó para ayudarles. ¡Qué maravillosa la paciencia y tolerancia de Dios hacia pecadores que lo provocan! Para mostrar su poder y su compasión y para hacer un milagro de misericordia, les dio agua de la roca. Dios puede abrir fuentes para nosotros donde menos las esperamos. Quienes, en este desierto, guardan el camino de Dios, pueden confiar en que Él les proveerá. Además, que esto nos lleve a confiar en la gracia de Cristo. El apóstol dice que la Roca era Cristo, 1 Corintios x, 4; era un tipo de Él. Aunque la maldición de Dios podría haber sido justamente ejecutada contra nuestras almas culpables, he aquí al Hijo de Dios, que es herido por nosotros. Pidamos y recibamos. —Hubo una provisión abundante y constante de esta agua. Por numerosos que sean los creyentes, la provisión del Espíritu de Cristo es suficiente para todos. El agua brotó de la roca en corrientes para refrescar el desierto y los acompañó en su camino a Canaán;

y esta agua brota de Cristo, por medio de las ordenanzas, al desierto estéril de este mundo, para refrescar nuestras almas hasta que lleguemos a la gloria. —Al lugar se le dio nuevo nombre, para recordar, no la misericordia de la divina provisión, sino el pecado de la murmuración: “Masah”, tentación, porque tentaron a Dios; “Meriba”, rencilla, porque riñeron con Moisés. El pecado deja una mancha sobre el nombre.

Vv. 8—16. Israel se comprometió en una lucha necesaria con Amalec en defensa propia. Dios da capacidad a su pueblo, y lo llama a diversos servicios por el bien de su iglesia. Josué pelea, Moisés ora, ambos ministran a Israel. La vara fue sostenida en alto, como estandarte para dar valor a los soldados. Y también hacia Dios como un modo de apelar a Él. —Moisés estaba cansado. El brazo más fuerte fallará si está extendido por mucho tiempo; sólo la mano de Dios permanece extendida todo el tiempo. No vemos que a Josué le pesaran las manos para pelear, pero a Moisés le pesaban las manos para orar; mientras más espiritual es un servicio, más dados somos a fallar y a rendirnos. —Para convencer a Israel que la mano de Moisés, contra quien habían reñido, estaba haciendo más en su defensa que sus propias manos, su vara más que la espada de ellos, la victoria se produce o decae según Moisés levante o deje caer sus manos. La causa de la iglesia es más o menos exitosa en la medida que sus amigos sean más o menos firmes en la fe y fervientes para orar. Moisés, el hombre de Dios, está feliz de recibir ayuda. No debemos avergonzarnos de pedir socorro o de brindar ayuda a los demás. —Las manos de Moisés así sostenidas, estuvieron firmes hasta que se puso el sol. Fue un gran estímulo para la gente ver a Josué delante de ellos en el campo de batalla, y a Moisés en lo alto en la colina. Cristo es ambos para nosotros: nuestro Josué, el Capitán de nuestra salvación, que pelea nuestras batallas, y nuestro Moisés, que vive siempre, intercediendo en lo alto para que nuestra fe no decaiga. Las armas formadas contra el Israel de Dios no pueden prosperar por mucho tiempo y, por último, serán quebrantadas. —Moisés debía escribir lo que *había sido hecho*, lo que Amalec había hecho contra Israel; escribe el amargo odio de ellos; escribe sus crueles intentos; que nunca se olvide, ni tampoco lo que Dios había hecho por Israel para salvarlo de Amalec. Escribir lo *que debe hacerse*; para que en el curso del tiempo Amalec sea totalmente arruinado y desarraigado. La destrucción de Amalec era un tipo de la destrucción de todos los enemigos de Cristo y de su reino.

CAPÍTULO 18

Versículos 1—6. *Jetro le trae a Moisés su esposa y sus dos hijos.* 7—12. *Moisés atiende a Jetro.* 13—27. *El consejo de Jetro para Moisés.*

Vv. 1—6. Jetro vino a regocijarse con Moisés por la felicidad de Israel, y para traerle a su esposa e hijos. Moisés debe tener a su familia consigo, para que mientras gobierne la iglesia de Dios pueda dar un buen ejemplo de gobierno de su familia, 1 Timoteo iii, 5.

Vv. 7—12. La conversación acerca de las maravillosas obras de Dios es buena y edifica. Jetro no sólo se regocijó en el honor conferido a su yerno, sino en toda la bondad hecha a Israel. Los observadores fueron más afectados con los favores que Dios había mostrado a Israel que muchos de los que los recibieron. Jetro dio la gloria al Dios de Israel. Gocemos de lo que sea, pero Dios debe recibir la alabanza. —Ellos se unieron en un sacrificio de acción de gracias. La amistad mutua se santifica por la adoración en conjunto. Muy bueno es que los familiares y amistades se unan en el sacrificio espiritual de oraciones y alabanzas, como personas que están en Cristo. Esta fue una fiesta moderada; ellos comieron pan, maná. Jetro debía ver y saborear el pan del cielo y, aunque era gentil, es bienvenido: los gentiles son bienvenidos a Cristo, el Pan de vida.

Vv. 13—27. Se presenta el gran celo y esfuerzo de Moisés como magistrado. Habiendo sido llamado para redimir a Israel de la casa de servidumbre, él es un tipo más de Cristo, en que fue

empleado para ser legislado y juez entre ellos. Si los del pueblo eran tan peleadores entre sí como lo eran con Dios, indudablemente Moisés tenía que ver muchas causas que llevaban ante él. A esta tarea fue llamado Moisés; parece que lo hacía con gran cuidado y bondad. El israelita más humilde era bien acogido al presentar su causa ante él. Moisés se dedicaba a su labor desde la mañana hasta la noche. Jetro pensó que para que él lo atendiera solo, era demasiado; además haría que la administración de justicia fuese cansadora para el pueblo. Puede haber exceso aun al hacer el bien. La sabiduría es provechosa para dirigir, para que no nos contentemos con menos que nuestro deber, ni nos ocupemos más allá de nuestras fuerzas. —Jetro aconsejó a Moisés y le propuso un mejor plan. Los grandes hombres no sólo deben estudiar para ser útiles, también deben arreglárselas para que los demás sean útiles. —Hay que poner cuidado en la elección de las personas que se admiten en esa tarea. Tienen que ser hombres de buen sentido, que entiendan el asunto y que no se amedrenten por los enojos, ni por las quejas, y que aborrezcan la idea del soborno. Hombres piadosos y de fe; que teman a Dios, que no se atrevan a hacer algo malo, aunque pudieran hacerlo en secreto y sin problemas. El temor de Dios fortalecerá en la mejor forma al hombre en contra de las tentaciones a cometer injusticia. —Moisés no despreció el consejo. No son sabios quienes se creen demasiado sabios para ser aconsejados.

CAPÍTULO 19

Versículos 1—8. *El pueblo llega a Sináí—El mensaje de Dios y su respuesta.* 9—15. *Instrucciones al pueblo y su preparación para oír la ley.* 16—25. *La presencia de Dios en el Sináí.*

Vv. 1—8. Moisés fue llamado para que subiera al monte y fue empleado como mensajero del pacto. El Hacedor y principal impulsor del pacto es Dios mismo. Este bendito estatuto fue concedido por la libre gracia de Dios. El pacto aquí mencionado fue el pacto nacional por el cual los israelitas llegaron a ser un pueblo gobernado por Jehová. Fue un tipo del nuevo pacto hecho con los creyentes verdaderos en Cristo Jesús pero, como otros tipos, sólo era una sombra de las cosas buenas que vendrán. Como nación quebrantaron el pacto; por tanto, el Señor declaró que Él haría un nuevo pacto con Israel escribiendo su ley, no sobre tablas de piedras, sino en sus corazones, Jeremías xxxi, 33; Hebreos viii, 7–10. El pacto aludido en estos lugares como próximo a desaparecer es el pacto nacional con Israel que ellos perdieron por su pecado. Si no atendemos cuidadosamente a esto, caeremos en errores al leer el Antiguo Testamento. No debemos suponer que la nación de los judíos bajo el pacto de obras, nada sabe del arrepentimiento ni de la fe en un Mediador, del perdón de pecados ni de la gracia; ni debemos suponer tampoco que toda la nación de Israel tuvo el carácter y poseyó los privilegios de los creyentes verdaderos, como verdaderos partícipes del pacto de gracia. Todos ellos estaban bajo una *dispensación de misericordia*; tuvieron privilegios externos y ventajas para la salvación; pero, como los cristianos profesantes, la mayoría se quedó allí, sin pasar más adelante. —Israel aceptó las condiciones. Respondieron como un solo hombre: “Todo lo que Jehová ha dicho haremos”. ¡Oh, que hubiera habido en ellos un corazón así dispuesto! Moisés, como mediador, transmitió las palabras del pueblo a Dios. Así, Cristo el Mediador, como Profeta, nos revela la voluntad de Dios, sus preceptos y promesas y, luego, como Sacerdote, ofrece a Dios nuestros sacrificios espirituales, no sólo de oración y alabanza, sino de afectos devotos y resoluciones piadosas, ¡la obra de su propio Espíritu en nosotros!

Vv. 9—15. La manera solemne en que la ley fue entregada era para impresionar al pueblo con el sentido correcto de la majestad divina. También para convencerlo de su propia culpa y mostrar que ellos no podían soportar un juicio ante Dios sobre la base de su propia obediencia. El pecador descubre en la ley lo que debe ser, lo que él es y lo que le falta. Allí aprende la naturaleza, la necesidad y la gloria de la redención y de haber sido hecho santo. Habiéndosele enseñado a refugiarse en Cristo y a amarlo, la ley es la regla de su obediencia y fe.

Vv. 16—25. Nunca antes, ni desde entonces se ha predicado un sermón como aquel que fue predicado a la iglesia en el desierto. Se podría suponer que los terrores deben de haber sofrenado la presunción y curiosidad del pueblo; pero el corazón endurecido del pecador aún no vivificado puede tratar negligentemente las amenazas y los juicios más terribles. Al acercarnos a Dios nunca debemos olvidar su santidad y grandeza, ni nuestra bajeza e inmundicia. No podemos resistir un juicio ante Él conforme a su justa ley. —El transgresor convicto pregunta: ¿Qué debo hacer para ser salvo? Y escucha la voz: Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo. El Espíritu Santo, que hizo la ley para convencer de pecado, ahora toma de las cosas de Cristo y nos las muestra. En el evangelio leemos que Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición. Tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. De todo aquello de que por la ley de Moisés no pudimos ser justificados, en Él somos justificados. La ley divina es obligatoria como regla de vida. El Hijo de Dios descendió del cielo y sufrió la pobreza, el oprobio, la agonía y la muerte no sólo para redimirnos de la maldición de la ley, sino para constreñirnos más estrictamente a guardar sus mandamientos.

CAPÍTULO 20

Versículos 1, 2. *El prefacio de los diez mandamientos.* 3—11. *Los mandamientos de la primera tabla.* 12—17. *De la segunda tabla.* 18—21. *El temor del pueblo.* 22—26. *La idolatría prohibida de nuevo.*

Vv. 1, 2. Dios habla de muchas maneras a los hijos de los hombres; por la conciencia, por providencias, por su voz, a todas las cuales debemos atender cuidadosamente; pero nunca habló, en momento alguno, como cuando dio los Diez Mandamientos. Dios había dado antes esta ley al hombre; estaba escrita en su corazón, pero el pecado la desfiguró tanto que fue necesario revivir el conocimiento de ella. La ley es espiritual, y toma conocimiento de los pensamientos, deseos y disposiciones secretas del corazón. Su gran exigencia es el *amor*, sin el cual la obediencia externa es pura hipocresía. Requiere la obediencia perfecta, infalible, constante; ninguna ley del mundo admite la desobediencia. Cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos, Santiago ii, 10. Omitir o variar algo en el corazón o en la conducta, en pensamiento, palabra u obra, es pecado y la paga del pecado es muerte.

Vv. 3—11. Los primeros cuatro de los diez mandamientos, corrientemente llamados la PRIMERA tabla, hablan de nuestro deber hacia Dios. Es adecuado que estos se pusieran primero, porque el hombre tuvo un Hacedor para amar antes de tener a un prójimo para amar. No puede esperarse que sea veraz con su hermano, aquel que es falso con su Dios. —El *primer* mandamiento se refiere al objeto de adoración, JEHOVÁ, y solo a Él. Aquí se prohíbe adorar criaturas pero el mandamiento alcanza mucho más allá. Aquí se prohíbe amar, desear, deleitarse o esperar algo bueno de cualquier complacencia pecaminosa. Transgrede este mandamiento todo lo que no sea amor, gratitud, reverencia o adoración perfecta. Todo lo que hacéis, hacedlo todo para la gloria de Dios. — El *segundo* mandamiento se refiere a la adoración que debemos rendir al Señor nuestro Dios. Se prohíbe hacer imagen o retrato de la Deidad en cualquier forma o propósito; o adorar cualquier criatura, imagen o cuadro, pero el alcance *espiritual* de este mandamiento va mucho más allá. Aquí se prohíbe toda clase de superstición y el empleo de inventos puramente humanos para la adoración de Dios. —El *tercer* mandamiento se refiere a la manera de adorar, que sea con toda la reverencia y seriedad posible. Se prohíben los votos falsos. Toda liviana alusión a Dios, toda maldición profana es una horrenda transgresión de este mandamiento. No importa si se usan las palabras con o sin sentido. Toda broma profana con la palabra de Dios o con las cosas sagradas y todas las cosas semejantes violan este mandamiento y no hay provecho, honra ni placer en ellas. El Señor no dará por inocente a quien toma su nombre en vano. —La forma del *cuarto* mandamiento, “Acuérdate”,

demuestra que aquí no es la primera vez que se da, sino que era conocido antes por el pueblo. Un día de cada siete debe ser santificado. Seis días se dedican a los asuntos del mundo, pero no como para descuidar el servicio de Dios y el cuidado de nuestras almas. En esos días debemos hacer todo nuestro trabajo, sin dejar nada por hacer para el día de reposo. Cristo permitió los trabajos inevitables, y las obras de caridad y piedad; porque el día de reposo fue hecho para el hombre y no el hombre para el día de reposo, Marcos ii, 27; pero están prohibidos todos los trabajos superfluos, vanidosos, o darse el gusto en cualquier forma. Comerciar, pagar salarios, arreglar cuentas, escribir cartas de negocio, estudios seculares, visitas superfluas, viajes o conversaciones livianas, no guardan *santo* este día para el Señor. La pereza e indolencia pueden ser un reposo carnal, pero no santo. El día de reposo para el Señor debe ser un día de descanso del trabajo secular, para reposar en el servicio de Dios. Las ventajas de la debida observancia de este día santo, aunque solamente fueran por la salud y la felicidad de la humanidad, más el tiempo que otorga para el cuidado del alma, muestran la excelencia de este mandamiento. El día es *bendito*; los hombres son bendecidos por él y en él. La bendición y la orden de guardarlo santo no se limitan a un *séptimo* día sino que se dicen del día *de reposo*.

Vv. 12—17. Las leyes de la SEGUNDA tabla, esto es, los últimos seis de los diez mandamientos, afirman nuestro deber para con nosotros mismos y de unos a otros, y explican el gran mandamiento: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, Lucas x, 27. La santidad y la honestidad deben ir juntas. —El *quinto* mandamiento se refiere a los deberes hacia nuestros parientes. “Honra a tu padre y a tu madre”, incluye estimarlos, lo que se demuestra en nuestra conducta, en la obediencia a sus mandatos legítimos: ir cuando os llamen, ir donde os envíen, hacer lo que os pidan, refrenarse de lo que os prohiban; y esto, como hijos, hacerlo alegremente a partir de un principio de amor. Además, la sumisión a sus consejos y correcciones. Esforzarse en todo para dar comodidad a los padres y hacer fácil su vejez; mantenerlos si necesitan sostenimiento, cosa que nuestro Salvador hace que esté particularmente comprendida en este mandamiento, Mateo xv, 4–6. Los observadores acuciosos han notado una bendición peculiar en cosas temporales para los hijos obedientes y lo inverso para los hijos desobedientes. —El *sexto* mandamiento requiere que consideremos la vida y seguridad de los demás así como tenemos consideración por la propia. Los magistrados y sus oficiales, y los testigos que dan testimonio de la verdad, no rompen este mandamiento. La defensa propia es legítima, pero mucho de lo que las leyes del hombre no consideran homicidio, lo es ante Dios. Las pasiones furiosas suscitadas por la ira o por la ebriedad no son excusa: mucho más culpable es el asesinato en los duelos, que son el efecto horrible de un soberbio espíritu vengativo. Toda lucha, sea por salario, por renombre o por ira y maldad, viola este mandamiento, y es homicidio el derramamiento de sangre resultante. Puede incluirse allí el tentar a los hombres al vicio y a los delitos que acortan la vida. La mala conducta, como la que puede romper el corazón de padres, esposas u otros parientes, o acortarles la vida, es una transgresión de este mandamiento. Prohíbe toda envidia, maldad, odio o ira, todo lenguaje provocador o insultante. Aquí se prohíbe la destrucción de nuestra propia vida. Este mandamiento requiere un espíritu de bondad, paciencia y perdón. —El *séptimo* mandamiento se refiere a la castidad. Debemos temer tanto eso que *contamina* el cuerpo como aquello que lo *destruye*. Lo que tiende a contaminar la imaginación o a despertar pasiones, queda bajo esta ley, como son los retratos obscenos, libros o conversaciones impuros, o cualquiera otra materia afín. —El *octavo* mandamiento es la ley del amor en cuanto al respeto de la propiedad ajena. La porción de cosas de este mundo que se nos ha asignado, en tanto se obtenga en forma honesta, es el pan que Dios nos ha dado; por lo cual debemos estar agradecidos, contentos y, en el uso de medios legítimos, confiar en la providencia para el futuro. Aprovecharse de la ignorancia, la comodidad o la necesidad del prójimo, y muchas otras cosas, quebrantan la ley de Dios, aunque la sociedad no vea culpa en ello. Los saqueadores de reinos, aunque estén por encima de la justicia humana, quedan incluidos en esta sentencia. Defraudar al público, contraer deudas sin pensar en pagarlas o evadir el pago de las deudas justas, la extravagancia, vivir de la caridad cuando no es necesario, toda opresión del pobre en sus salarios; estas y otras cosas quebrantan este mandamiento, que exige el trabajo, la frugalidad y el contentamiento, y tratar a los demás como quisiéramos que ellos nos traten a nosotros en cuanto al

patrimonio de este mundo. —El *noveno* mandamiento se preocupa de nuestro buen nombre, del propio y del prójimo. Prohíbe hablar falsamente de cualquier cosa, mentir, hablar con equívocos y planear o pretender engañar en cualquier forma a nuestro prójimo. Hablar injustamente contra nuestro prójimo, dañar su reputación. Dar falso testimonio contra él o, en la conversación corriente, calumniar, murmurar y andar con chismes; tergiversar lo que se ha hecho, exagerar, y pretender de cualquier forma mejorar nuestra reputación degradando la fama del prójimo. ¡Cuántas veces quebrantan a diario este mandamiento personas de todos los rangos! —El *décimo* mandamiento golpea la raíz: “No codiciarás”. Los otros prohíben todo deseo de *hacer* lo que será un daño para nuestro prójimo; este prohíbe todo deseo ilícito de *tener* lo que nos produzca placer a nosotros mismos.

Vv. 18—21. Esta ley, tan extensa que no podemos medirla, tan espiritual que no podemos evadirla, y tan razonable que no podemos encontrarle defecto, será la regla del futuro juicio de Dios, como es la regla para la conducta presente del hombre. Si somos juzgados por esta regla, encontraremos que nuestra vida se ha pasado en transgresiones. Con esta santa ley y un juicio espantoso que nos espera, ¿quién puede despreciar el evangelio de Cristo? El conocimiento de la ley muestra la necesidad del arrepentimiento. El pecado ha sido destronado y crucificado en el corazón de cada creyente, y se ha escrito en él la ley de Dios, y se ha renovado la imagen de Dios. El Espíritu Santo le capacita para odiar el pecado, huir de él, amar y obedecer esta ley con sinceridad y verdad; tampoco dejará de arrepentirse.

Vv. 22—26. Habiendo entrado en la densa oscuridad, Dios le habló a Moisés de todo lo que sigue desde aquí hasta el final del capítulo xxiii, y es, en su mayor parte, una exposición de los Diez Mandamientos. Las leyes de estos versículos se relacionan con la adoración de Dios. Los israelitas reciben la seguridad de la bondadosa aceptación de sus devociones por parte de Dios. Bajo el evangelio, se invita a los hombres a que oren en todo lugar, y donde quiera que el pueblo de Dios se reúne en su nombre para adorarlo, Él está en medio de ellos; ahí Él estará con ellos y los bendecirá.

CAPÍTULO 21

Versículos 1—11. *Leyes sobre los siervos.* 12—21. *Leyes judiciales.* 22—36. *Leyes judiciales.*

Vv. 1—11. Las leyes de este capítulo se relacionan con los mandamientos quinto y sexto y, aunque difieren de nuestra época y costumbre, ni son obligatorios para nosotros, explican, no obstante, la ley moral y las reglas de la justicia natural. —El esclavo, en su estado de servidumbre, era un símbolo del estado de esclavitud al pecado, a Satanás, y a la ley, estado al que el hombre ingresa por robar la gloria de Dios, por transgredir sus preceptos. Igualmente recibir la libertad, era símbolo de la libertad con la cual Cristo, el Hijo de Dios, libera a su pueblo de la esclavitud, que es verdaderamente libre; esto lo hizo gratuitamente, sin dinero y sin precio, por pura gracia.

Vv. 12—21. Dios que por su providencia da y conserva la vida, por su ley la protege. Un homicida intencionado debe ser sacado aunque esté aferrado a los cuernos del altar de Dios. Sin embargo, Dios proveyó ciudades de refugio para protección de quienes tuvieran la desgracia de causar la muerte de otro, sin que fuera su culpa; como cuando por accidente, el hombre realiza un acto legítimo, sin intención de herir, y mata a otro. —Que los niños escuchen la sentencia de la palabra de Dios para el ingrato y desobediente; y que recuerden que Dios ciertamente les dará su retribución si hubieran maldecido a sus padres, aunque sea en silencio, o si hubieran levantado la mano contra ellos, salvo que se arrepientan y huyan a buscar refugio en su Salvador. Que los padres aprendan de aquí a ser muy cuidadosos en la formación de sus hijos, dándoles un buen ejemplo, especialmente en el control de sus pasiones, y al orar por ellos, teniendo cuidado de no provocarlos a ira. —A veces los israelitas se vendían ellos mismos o sus hijos debido a la pobreza; los

magistrados vendían a algunas personas por sus delitos y los acreedores tenían permiso, en algunos casos, para vender a sus deudores que no podían pagar. Pero “secuestrar un hombre”, con el objeto de forzarlo a la esclavitud, es algo que el Nuevo Testamento cataloga junto con los delitos más graves. —Aquí se cuida que se satisfaga el daño hecho a una persona, pero no se seguía de ello la muerte. El evangelio enseña a los amos a tener paciencia y a moderar las amenazas, Efesios vi, 9, reflexionando con Job. ¿Qué haría yo cuando Dios se levantase?, Job xxxi, 13, 14.

Vv. 22—36. Los casos aquí mencionados dan reglas de justicia vigentes, entonces y ahora, para decidir asuntos similares. Estas leyes nos enseñan que debemos ser muy cuidadosos de no hacer mal alguno, sea directa o indirectamente. Si hemos hecho mal, debemos estar muy dispuestos a remediarlo, y estar deseosos de que nadie pierda por nuestra culpa.

CAPÍTULO 22

Leyes judiciales.

El pueblo de Dios siempre deberá estar listo para mostrar mansedumbre y misericordia, conforme al espíritu de estas leyes. Debemos responder a Dios no sólo por lo que hacemos maliciosamente sino por lo que hacemos despreocupadamente. Por tanto, cuando hemos hecho daño a nuestro prójimo, debemos hacer restitución, aunque no seamos obligados por la ley. Que estas escrituras dirijan nuestra alma a recordar que si la gracia de Dios de verdad se nos ha manifestado, entonces nos ha enseñado y capacitado para conducirnos de tal modo por su santo poder, que renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, Tito ii, 12. Y la gracia de Dios nos enseña que como el Señor es nuestra porción, hay suficiente en Él para satisfacer todos los deseos de nuestra alma.

CAPÍTULO 23

Versículos 1—9. *Leyes contra la falsedad y la injusticia.* 10—19. *El año de reposo—El reposo—Las tres fiestas.* 20—33. *Dios promete conducir a los israelitas a Canaán.*

Vv. 1—9. En la ley de Moisés hay marcas muy claras de un sentir moral sólido y de una verdadera sabiduría política. En ella cada cosa es adecuada para el objetivo deseado y confesado: la adoración de un solo Dios y la separación de Israel del mundo pagano. Ninguna de las partes, amistades, testigos ni opiniones comunes deben movernos a minimizar las faltas graves, o a agravar las pequeñas, a excusar a los ofensores, a acusar al inocente ni a tergiversar nada.

Vv. 10—19. La tierra tenía que reposar cada siete años. No debía ararse ni sembrarse; había que comer lo que la tierra produjera de sí misma, sin trabajarla. Esta ley parece tener la intención de enseñar la dependencia de la Providencia, y la fidelidad de Dios al enviar mayor provisión cuando se guardan sus indicaciones. También era un tipo del reposo celestial, cuando cesen para siempre todos los sufrimientos, preocupaciones e intereses terrenales. —Se prohíbe estrictamente todo respeto por los dioses de los paganos. Puesto que la idolatría era un pecado al cual se inclinaban los israelitas, ellos debían eliminar todo recuerdo de los dioses de los paganos. —Se pide en forma estricta la presencia religiosa solemne ante Dios, en el lugar que Él elija. Deben reunirse en la presencia del Señor. ¡Qué buen Amo al que servimos, que ha hecho un deber que nos regocijemos en su presencia! Dedicemos con placer al servicio de Dios esa parte de nuestro tiempo que Él nos pide y contemos sus reposos y ordenanzas como fiestas para nuestra alma. No debían presentarse

con las manos vacías; así ahora, nosotros no debemos ir a adorar a Dios con el corazón vacío; nuestra alma debe llenarse con santos deseos y consagración a Él, porque de tales sacrificios se agrada Dios.

Vv. 20—33. Aquí se promete que ellos serán guiados y resguardados en su camino por el desierto a la tierra prometida. He aquí yo envío mi Ángel delante de ti. El precepto unido con esta promesa es que sean obedientes a este ángel que Dios envía delante de ellos. Cristo es el Ángel de Jehová; esto lo enseña claramente San Pablo, 1 Corintios x, 9. —Deben tener un asentamiento cómodo en la tierra de Canaán. Cuán razonables son las condiciones de esta promesa: que sirvan al único Dios verdadero, no a los dioses de las naciones que de ningún modo son dioses. ¡Cuán ricos son los detalles de esta promesa! El consuelo de su alimento, la continuidad de su salud, el aumento de su riqueza, la prolongación de sus vidas hasta una edad avanzada. Así la piedad tiene promesa de esta vida presente. Se promete que ellos subyugarán a sus enemigos. Bandadas de avispas abrieron camino a las huestes de Israel; Dios puede usar ínfimas criaturas para castigar a los enemigos de su pueblo. Con verdadera bondad para la iglesia, los enemigos son vencidos poco a poco; así nos mantenemos en guardia y en continua dependencia de Dios. Las corrupciones salen del corazón del pueblo de Dios no de una vez por todas, sino poco a poco. El precepto de esta promesa es que no deben tener amistad con los ídólatras. Quienes se mantienen fuera de los caminos peligrosos deben evitar las malas compañías. Peligroso es vivir en un barrio malo; los pecados de los vecinos pueden ser lazo para nosotros. El peligro más grande viene de quienes nos harían pecar contra Dios.

CAPÍTULO 24

Versículos 1—8. *Moisés llamado a subir al monte—El pueblo promete obediencia.* 9—11. *Aparece la gloria del Señor.* 12—18. *Moisés sube al monte.*

Vv. 1—8. Dios hizo un pacto solemne con Israel. Fue muy solemne, tipificando el pacto de gracia entre Dios y los creyentes por medio de Cristo. Tan pronto como Dios apartó para sí un pueblo peculiar, los gobernó por la palabra escrita, y así lo ha hecho desde entonces. —Los pactos y los mandamientos de Dios son tan justos en sí mismos, y para nuestro bien, que mientras más pensemos en ellos y con más claridad y en forma más completa aparecen ante nosotros, más razón vemos para cumplirlos. La sangre del sacrificio se rociaba sobre el altar, sobre el libro y sobre el pueblo. Ni las personas, su obediencia moral ni sus servicios religiosos hallarán aceptación de parte del Dios santo, si no es por medio del derramamiento y el rociamiento de sangre. Además, todas las bendiciones impartidas a ellos eran por misericordia; el Señor los trataría con bondad. Así, por fe en la sangre de Cristo, el pecador rinde obediencia voluntaria y aceptable.

Vv. 9—11. Los ancianos vieron al Dios de Israel; tuvieron un vistazo de su gloria, aunque lo que hayan visto fuera algo de lo que no podían hacer imagen ni retrato alguno, bastó para satisfacerlos de que Dios estaba con ellos de verdad. Nada se describe sino lo que estaba bajo sus pies. Los zafiros eran el pavimento bajo sus pies; pongamos toda la riqueza de este mundo bajo nuestros pies y no en nuestro corazón. Así, el creyente descubre en la faz de Jesucristo destellos mucho más gloriosos de la justicia y santidad de Dios con mayor claridad de lo que jamás hubiese visto bajo convicciones aterradoras; y por medio del Salvador tiene comunión con el Dios santo.

Vv. 12—18. Una nube tapó el monte durante seis días; una señal de la especial presencia de Dios allí. Moisés estaba seguro que quien le ordenó subir, lo protegería. Hasta en los atributos gloriosos de Dios, que son terribles hasta lo sumo para el impío, se regocijan los santos con humilde reverencia. Por medio de la fe en el sacrificio expiatorio, esperamos mayor honra que la que disfrutara Moisés en la tierra. Ahora vemos a través de un espejo, oscuramente, pero cuando Él aparezca, le veremos cara a cara. Esta visión de Dios continuará con el mismo, creciente, resplandor

de gozo, no sólo por unos pocos días, sino por toda la eternidad.

CAPÍTULO 25

Versículos 1—9. *Lo que ofrecieron los israelitas para construir el tabernáculo.* 10—22. *El arca.* 23—30. *La mesa con sus utensilios.* 31—40. *El candelabro.*

Vv. 1—9. Dios eligió al pueblo de Israel para que sea un pueblo peculiar para sí mismo, por sobre todo otro pueblo, y Él mismo sería el Rey de ellos. Ordenó que se hiciera para Él un palacio real, llamado santuario, lugar santo o habitación santa. En él iba a mostrar su santa presencia en medio de ellos. Puesto que en el desierto habitan en tiendas o carpas, mandó que este palacio real fuera un tabernáculo, que pudiera trasladarse cuando ellos se trasladasen. —El pueblo tenía que suministrar a Moisés los materiales, en forma completamente voluntaria. El mejor uso que podemos dar a nuestra riqueza mundana es honrar a Dios con ella en obras de piedad y caridad. Debemos preguntar no sólo *¿qué debemos hacer?* sino *¿qué podemos hacer por Dios?* Lo que dieran debían darlo alegremente, no de mala gana, porque Dios ama al dador alegre, 2 Corintios ix, 7. Lo que se pone al servicio de Dios debe contarse como bien empleado, y todo lo que se haga para el servicio de Dios, debe hacerse según sus órdenes.

Vv. 10—22. El arca era un cofre, recubierto de oro, en que se iban a guardar las dos tablas de la ley. Estas tablas son llamadas testimonio; en ellas Dios da testimonio de su voluntad. La ley era un testimonio *a* los israelitas para orientarlos en sus deberes, y convertirla en un testimonio *contra* ellos si la transgredían. El arca fue puesta en el Lugar Santísimo; el sumo sacerdote la roció con la sangre de los sacrificios y quemó incienso ante ella; y sobre ella aparecía la gloria visible, símbolo de la presencia Divina. Era un tipo de Cristo en su naturaleza sin pecado, que no vio corrupción, unido personalmente con su naturaleza Divina, que hizo expiación con su muerte por nuestros pecados cometidos contra Dios. —Los querubines de oro estaban uno frente al otro, y ambos miraban abajo hacia el arca. Representan la asistencia de los ángeles al Redentor, su disposición a hacer su voluntad, su presencia en la asamblea de los santos, y su anhelo de mirar los misterios del evangelio. El arca estaba cubierta con una tapa de oro llamada el propiciatorio. Se dice que Dios mora o se sienta en el propiciatorio entre los querubines. Ahí Él daría su ley y escucharía a los suplicantes, como un príncipe en su trono.

Vv. 23—30. Había que hacer una mesa de madera, revestida de oro, para ponerla en la primera habitación del tabernáculo, y debía tener continuamente el pan de la proposición. La mesa con sus utensilios en ella, y su uso, parece tipificar la comunión que el Señor tiene con su pueblo redimido por medio de sus ordenanzas, las provisiones de su casa, las fiestas con que son favorecidos. Además, el alimento para su alma, que siempre encuentran cuando lo necesitan; y el deleite que Él halla en las personas y su servicio, según son presentandos ante Él en Cristo.

Vv. 31—40. El candelabro representa la luz de la palabra y del Espíritu de Dios en Cristo Jesús y por medio de Él, concedido en este mundo tenebroso al pueblo creyente, para dirigir la adoración y la obediencia de ellos, y para darles consuelo. La iglesia aún está en sombras, como el tabernáculo, en comparación con lo que será en el cielo, pero la palabra de Dios es una luz que brilla en un lugar oscuro, 2 Pedro i, 19, e indudablemente el mundo sería un lugar oscuro sin ella. —En el versículo 40 hay una expresa advertencia para Moisés. Nada fue dejado a su fantasía, o a la de los obreros o del pueblo; que la voluntad de Dios debía observarse en cada detalle. La instrucción de Cristo a sus discípulos, Mateo xxviii, 20, tiene el mismo sentido: Guarden todas las cosas que os he mandado. —Recordemos que somos los templos del Espíritu Santo, que tenemos la ley de Dios en nuestros corazones, que tenemos que llevar una vida de comunión con Dios, celebrar sus ordenanzas y ser luz del mundo, si, verdaderamente somos seguidores de Cristo. Que el Señor

nos ayude a probarnos por este enfoque de la religión y a caminar conforme a ello.

CAPÍTULO 26

Versículos 1—6. *Las cortinas del tabernáculo.* 7—14. *Las cortinas de pelo de cabra.* 15—30. *Las molduras, las basas, los ganchos.* 31—37. *El velo del Lugar Santísimo y para la entrada.*

Vv. 1—6. Dios manifestó su presencia entre los israelitas en un tabernáculo o tienda debido a la situación de ellos en el desierto. Dios adapta las prendas de su favor y los dones de su gracia al estado y a las carencias de su pueblo. Las cortinas del tabernáculo tenían que ser muy ricas. Tenían que estar bordadas con querubines para significar que los ángeles de Dios acampan alrededor de la iglesia, Salmo xxxiv, 7.

Vv. 7—14. Las cortinas de material más barato, al ser más largas y anchas, cubrían las demás y estaban defendidas por tapas de cueros. El total representa a la persona y doctrina de Cristo, y la iglesia de los cristianos verdaderos, y todas las cosas celestiales que exteriormente son bajas, pero por dentro, y ante los ojos de Dios, son gloriosas y preciosas.

Vv. 15—30. Cada una de las basas de plata pesaba unas 115 libras (52 kg.); debían ponerse en hileras en el suelo. Sobre cada par de basas se insertaba un panel de madera de acacia recubierto de oro, afirmada por espigas que debían encajar en los correspondientes orificios. Así se iban a formar murallas para ambos lados y para el extremo occidental. La muralla era además sostenida por barras que pasaban por anillos de oro. Se desplegaban las cortinas sobre todo esto. Aunque era portátil, era fuerte y firme. Los materiales eran muy costosos. Todo esto era tipo de la iglesia de Dios, edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, Efesios ii, 20, 21.

Vv. 31—37. Un velo o cortina separaba el Lugar Santo del Lugar *Santísimo*. Estaba colgado de columnas. El velo era para separar el Lugar Santo del Santísimo; impedía por completo que alguien mirara dentro del Lugar Santísimo. El apóstol dice cual era el significado de este velo, Hebreos ix, 8. La ley ceremonial no podía hacer perfectos a los que allí iban, ni su observancia llevaría a los hombres al cielo; no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo entre tanto la primera parte del tabernáculo estuviera en pie. La vida y la inmortalidad yacían escondidas hasta que fueran sacadas a la luz por el evangelio; lo cual quedó representado por el velo que se rasgó al morir Cristo, Mateo xxvii, 51. Ahora, por la sangre de Jesús podemos entrar confiadamente al Lugar Santísimo en todos los actos de adoración, sin embargo, siendo santísimo, nos obliga a la santa reverencia. —Había una cortina para la puerta exterior del tabernáculo. Este velo era toda la defensa que el tabernáculo tenía. Dios cuida a su iglesia en la tierra. Una cortina, si le place a Dios hacerlo así, será tan fuerte para defensa de su casa, como si fueran puertas de bronce y barras de hierro. Con esta descripción típica de Cristo y su iglesia ante nosotros, ¿cuál es nuestro juicio en estos asuntos? ¿Vemos algo de gloria en la persona de Cristo? ¿Alguna excelencia en su carácter? ¿Algo precioso en su salvación? O ¿alguna sabiduría en la doctrina de la cruz? ¿Soportará un examen nuestra religión? Y ¿somos más cuidadosos para aprobar nuestros corazones ante Dios que nuestros caracteres delante de los hombres?

CAPÍTULO 27

Versículos 1—8. *El altar del holocausto.* 9—19. *El atrio del tabernáculo.* 20, 21. *El aceite para las lámparas.*

Vv. 1—8. Delante del tabernáculo, en el atrio, donde entraba la gente, había un altar al cual debían llevar los sacrificios y sobre el cual los sacerdotes debían ofrecerlos a Dios. El altar era de madera revestida con bronce. Un enrejado de bronce se ponía en la parte hueca del altar, en medio del cual se mantenía encendido el fuego y se quemaba el sacrificio. El enrejado era hecho de obra de rejilla, como cedazo y quedaba sobre el hueco para que por ahí cayeran las cenizas. El altar de bronce era tipo de Cristo que muere para expiar nuestros pecados. El fuego del cielo habría consumido la madera si no hubiera estado protegida por el bronce: tampoco la naturaleza humana de Cristo hubiera podido soportar la ira de Dios si no hubiera estado sostenida por el poder Divino.

Vv. 9—19. El tabernáculo estaba cercado por un atrio de una sesenta yardas (54, 86 mt) de largo por treinta (27, 43 mt) de ancho, formado por cortinas que colgaban de columnas de bronce, de argollas de bronce. Dentro de este recinto los sacerdotes y los levitas ofrecían los sacrificios y a ese lugar tenían acceso los judíos. Estas distinciones representan la diferencia que hay entre la iglesia visible nominal y la iglesia espiritual verdadera, que es la única que tiene entrada a la presencia de Dios y puede tener comunión con Él.

Vv. 20, 21. El aceite puro representan los dones y las gracias del Espíritu que todos los creyentes reciben de Cristo, el buen Olivo, y sin el cual nuestra luz no puede alumbrar delante de los hombres. Los sacerdotes tenían que encender las lámparas y cuidarlas. Obra de los ministros por medio de la predicación y exposición de las Escrituras, que son como una lámpara, es alumbrar la iglesia, el tabernáculo de Dios sobre la tierra. Bendito sea Dios, esta luz no está ahora limitada al tabernáculo judío; más bien es una luz para iluminar a los gentiles y para salvación hasta lo último de la tierra.

CAPÍTULO 28

Versículos 1—5. *Aarón y sus hijos son apartados para el oficio sacerdotal—Sus vestiduras.* 6—14. *El efod.* 15—30. *El pectoral—El Urim y Tumim.* 31—39. *El manto del efod—La lámina de oro.* 40—43. *Las vestiduras para los hijos de Aarón.*

Vv. 1—5. Hasta aquí los jefes de las familias hacían de sacerdotes y ofrecían los sacrificios; pero ahora este oficio quedó restringido exclusivamente a la familia de Aarón; y así continuó hasta la dispensación del evangelio. Las vestiduras santas no solamente distinguían a los sacerdotes del pueblo, además eran emblemas de la conducta santa que siempre debe ser la gloria y la belleza, la marca de los ministros de la religión, sin la cual sus personas y sus ministerios serían despreciables. También tipificaban la gloria de la majestad Divina, y la belleza de la santidad completa que hizo de Jesucristo el gran Sumo Sacerdote. Pero nuestro ornato en el evangelio no debe ser de oro ni costosos atavíos, sino las vestiduras de la salvación, el manto de la justicia.

Vv. 6—14. El efod, de obra primorosa, era la vestidura exterior del sumo sacerdote; el efod sencillo de lino lo usaban los sacerdotes inferiores. Era una túnica corta, sin mangas, bien amarrada al cuerpo con un cinto. Las hombreras iban abotonadas con piedras preciosas engastadas en oro, una en cada hombro, sobre el cual estaban grabados los nombres de los hijos de Israel. Así Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, presenta a su pueblo ante el Señor para memoria. Como la túnica de Cristo no tenía costuras, sino era tejida de arriba abajo, así era el efod. Las campanas de oro del efod, por

su sonido agradable y su preciosidad, representan bien la buena profesión que hacen los santos y las granadas, el fruto que ellos llevan.

Vv. 15—30. El adorno principal del sumo sacerdote era el pectoral, una rica pieza de tela de obra primorosa. El nombre de cada tribu estaba grabado en una piedra preciosa, fijada al pectoral, para significar cuán preciosos y honorables son los creyentes a ojos de Dios. Por pequeña y pobre que fuera la tribu, era como una piedra preciosa en el pectoral del sumo sacerdote: así de caros son todos los santos para Cristo, sin que importe cuál sea la estimación de los hombres. El sumo sacerdote tenía los nombres de las tribus sobre sus hombros a la vez que sobre su pecho, lo cual nos recuerda del poder y amor con que nuestro Señor Jesús intercede por lo suyos. No sólo los lleva en sus brazos con poder omnipotente sino que los lleva en su regazo con tierno afecto. ¡Qué consuelo para nosotros cada vez que nos dirigimos a Dios! —El Urim y Tumim por el cual se daba a conocer la voluntad de Dios en casos dudosos, estaba en el pectoral. Urim y Tumim significan *luz e integridad*. Hay muchas conjeturas sobre qué eran; la opinión más probable parece ser que eran las doce piedras preciosas del pectoral del sumo sacerdote. Ahora bien, Cristo es nuestro Oráculo. Por Él Dios se nos da a conocer Él y su voluntad para nosotros en estos postreros tiempos, Hebreos i, 1, 2; Juan i, 18. Él es la Luz verdadera, el Testigo fiel, la Verdad misma, y de Él recibimos el Espíritu de Verdad que nos guía a toda verdad.

Vv. 31—39. El manto del efod iba debajo del efod y llegaba hasta las rodillas; no tenía mangas. Aarón debía ministrar vestido con las vestiduras asignadas. Nosotros debemos servir al Señor con santo temor, como quienes saben que merecen morir. —Una lámina de oro estaba fijada a la frente de Aarón, con el grabado de “Santidad al Señor”. Por ese medio se recordaba a Aarón que Dios es santo y que sus sacerdotes deben ser santos, consagrados al Señor. Esta debía estar en la frente de ellos como profesión abierta de la relación de ellos a Dios. Debía ser grabada como grabadura de sello, profunda y durable; no pintada para que se borre, sino firme y duradera; tal debe ser nuestra santidad al Señor. Cristo es nuestro Sumo Sacerdote; por medio de Él nos son perdonados los pecados y no se cargan a nuestra cuenta. Nuestras personas, nuestras obras, son agradables para Dios por cuenta de Cristo y no de otro modo.

Vv. 40—43. Las vestiduras del sacerdote tipifican la justicia de Cristo. Si nos presentamos ante Dios sin ellas, llevaremos nuestra iniquidad y moriremos. Por tanto, bienaventurado el que vela y guarda sus ropas, Apocalipsis xvi, 15. Y bendito sea Dios porque tenemos un Sumo Sacerdote, nombrado por Dios, y puesto aparte para su obra; aderezado para su elevado oficio por la gloria de la majestad Divina y la belleza de la perfecta santidad. Dichosos somos si por la ley espiritualmente entendida vemos que tal Sumo Sacerdote se hizo nosotros; que nosotros no podemos acercarnos a un Dios santo o ser aceptados, sino por Él. No hay luz, sabiduría, ni perfección sino de Él; no hay gloria, ni belleza sino en ser como Él. Tengamos valor por el poder, amor y compasión de nuestro Sumo Sacerdote, para acercarnos confiadamente al trono de la gracia, para que podamos recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro en tiempo de necesidad.

CAPÍTULO 29

Versículos 1—37. *El sacrificio y la ceremonia de consagración de los sacerdotes.* 38—46. *Los holocaustos continuos—La promesa de Dios de habitar en Israel.*

Vv. 1—37. Aarón y sus hijos iban a ser apartados para el oficio de sacerdote en una ceremonia solemne. Nuestro Señor Jesús es el gran Sumo Sacerdote de nuestra profesión, llamado por Dios para serlo, unguido con el Espíritu, por lo que se le llama Mesías, el Cristo; revestido de gloria y belleza; santificado por su propia sangre; perfeccionado o consagrado por medio de sufrimientos, Hebreos ii, 10. Todos los creyentes son sacerdotes espirituales para ofrecer sacrificios espirituales, 1

Pedro ii, 5, lavados en la sangre de Cristo y de esa manera hechos sacerdotes para nuestro Dios, Apocalipsis i, 5, 6. Además están vestidos con la belleza de la santidad y han recibido la unción, 1 Juan ii, 27. El Espíritu de Dios es llamado dedo de Dios (Lucas xi, 20, compárese con Mateo xii, 28) y él aplica el mérito de Cristo a nuestra alma. Esta consagración significa la admisión de un pecador en el sacerdocio espiritual, aceptable a Dios por medio de Jesucristo.

Vv. 38—46. Debía ofrecerse un cordero en el altar cada mañana, y el otro cordero a la caída de la tarde. Esto tipifica la intercesión continua de Cristo que siempre vive para interceder por su iglesia. Aunque se ofreció a sí mismo de una vez para siempre, esa sola ofrenda se vuelve ofrenda continua. Esto nos enseña también a presentar a Dios sacrificios de oración y alabanza *cada día*, mañana y tarde. Nuestras devociones diarias son nuestras obras diarias más necesarias, y los más placenteros de nuestros consuelos diarios. El tiempo de oración debe observarse como se respeta la hora de las comidas. Hambrean sus almas aquellos que no se presentan en forma constante ante el trono de la gracia; la constancia en la religión produce el consuelo en ella.

CAPÍTULO 30

Versículos 1—10. *El altar del incienso.* 11—16. *Rescate de almas.* 17—21. *La fuente de bronce.* 22—38. *El aceite de la santa unción—El perfume.*

Vv. 1—10. El altar del incienso representa al Hijo de Dios en su naturaleza humana y el incienso quemado allí tipifica la intercesión por su pueblo. La intercesión *continua* de Cristo está representada por la quema diaria de incienso, mañana y tarde. Una vez cada año había que aplicar la sangre de la expiación, denotando esto que la intercesión de Cristo tiene toda su virtud a partir de sus sufrimientos en la tierra, y que nosotros no necesitamos otro sacrificio ni otro intercesor sino Cristo solo.

Vv. 11—16. El tributo era medio siclo, unos quince centavos de nuestra moneda. El rico no tenía que dar más, ni menos el pobre; las almas de los ricos y pobres son preciosas por igual, y Dios no hace acepción de personas, Hechos x, 34; Job xxxiv, 19. En otras ofrendas los hombres tenían que dar conforme a sus habilidades mundanas, pero esta, que era el rescate del alma, debía ser *igual para todos*. Las almas de todos son de igual valor, están en igual peligro y todas por igual necesitan un rescate. El dinero reunido era para usarse en el servicio del tabernáculo. Quienes tienen el beneficio no deben quejarse de las cargas necesarias para el culto público de Dios. El dinero no puede hacer expiación por el alma, pero puede usarse para honra de Aquel que ha hecho la expiación, y para la mantención del evangelio por el cual se aplica la expiación.

Vv. 17—21. Había que instalar una gran fuente de bronce para agua cerca de la puerta del tabernáculo. Aarón y sus hijos debían lavarse las manos y pies en esta fuente, cada vez que entraran para ministrar. Esto era para enseñarles la pureza en todos sus servicios y a temer la contaminación del pecado. No sólo debían lavarse y ser purificados cuando eran hechos sacerdotes por primera vez, sino que debían lavarse y mantenerse limpios cada vez que fueran a ministrar. Nos enseña a presentarnos diariamente ante Dios, a renovar diariamente nuestro arrepentimiento por el pecado y nuestra esperanza en la sangre de Cristo para la remisión; pues en muchas cosas ofendemos a diario.

Vv. 22—38. Aquí se dan instrucciones para hacer el aceite de la santa unción, y el incienso para uso en el servicio del tabernáculo, lo cual era grato de ver y oler. El nombre de Cristo es como ungüento derramado, Cantares i, 3, y el buen nombre de los cristianos es como ungüento precioso, Eclesiastés vii, 1. El incienso quemado sobre el altar de oro era preparado con especias dulces. Cuando se usaba tenía que ser molido muy fino pues así plugo al Señor magullar al Redentor cuando éste se ofreció como sacrificio de sabor y olor grato. El mismo no debe hacerse para ningún uso común. De este modo Dios mantiene la reverencia en la mente del pueblo por su servicio, y

enseña a no profanar ni abusar cosa alguna por la cual Dios se dé a conocer. Gran afrenta para Dios es jugar con las cosas sagradas y tomar a ligera su palabra y sus ordenanzas. Sumamente peligroso y fatal es usar la profesión del evangelio de Cristo para fomentar los intereses mundanos.

CAPÍTULO 31

Versículos 1—11. *Bezaleel y Aholiab son nombrados y dotados para la obra del tabernáculo.* 12—17. *La observancia del día de reposo.* 18. *Moisés recibe las tablas de la ley.*

Vv. 1—11. Los israelitas, que habían sido albañiles y fabricantes de ladrillos en Egipto, no estaban calificados para trabajos especiales de artesanía; pero el Espíritu que dio a los apóstoles el hablar en diversas lenguas, dio milagrosamente a Bezaleel y Aholiab la habilidad que les faltaba. Cuando Dios honra a una persona siempre la acompaña con una tarea para desarrollar; ser empleado por Dios es un elevado honor. A los que Dios llame a un servicio los hallará aptos o les dará la aptitud. El Señor da dones diferentes a personas diferentes; que cada cual se ocupe de la obra correspondiente recordando diligentemente que la sabiduría de alguien, es el Señor quien la pone en el corazón para la ejecución de lo que ha ordenado.

Vv. 12—17. Ahora dio las órdenes de que se preparara un tabernáculo para el servicio de Dios. Pero no tenían que pensar que la naturaleza de la obra y la urgencia requerida, les justificara para trabajar en ella durante el día de reposo. La palabra hebrea *shabath* significa reposo o cesar en el trabajo. La cosa significada por el día de reposo es que queda un reposo en gloria para el pueblo de Dios; por tanto, la obligación moral por el día de reposo debe continuar hasta que el tiempo sea absorbido por la eternidad.

V. 18. La ley fue escrita en tablas de piedra para mostrar su permanencia: para denotar igualmente la dureza de nuestros corazones; es más fácil escribir sobre piedra que escribir algo bueno en la corrompida naturaleza de nuestro corazón. Fue escrita por el dedo de Dios, por su voluntad y poder. Solamente Dios puede escribir su ley en el corazón: Él da un corazón de carne; entonces, por su Espíritu, que es el dedo de Dios, escribe su voluntad en el corazón, 2 Corintios iii, 3.

CAPÍTULO 32

Versículos 1—6. *El pueblo hace que Aarón fabrique un becerro de oro.* 7—14. *El desagrado de Dios—La intercesión de Moisés.* 15—20. *Moisés rompe las tablas de la ley—Destruye el becerro de oro.* 21—29. *La disculpa de Aarón—Muerte de los idólatras.* 30—35. *Moisés ora por el pueblo.*

Vv. 1—6. Mientras Moisés estaba en el monte recibiendo la ley de Dios, el pueblo enardecido se dirigió a Aarón. La multitud atolondrada estaba cansada de esperar el regreso de Moisés. El cansancio de la espera da lugar a muchas tentaciones. Hay que esperar al Señor hasta que llegue, y hay que esperarle aunque demore. —Que la prontitud de ellos para dar sus aros de oro para fabricar un ídolo, avergüence nuestra mezquindad en el servicio del Dios verdadero. No se detuvieron a considerar el costo de la idolatría ¿y nosotros nos quejamos por nuestro gasto en la religión? Aarón hizo la imagen de un buey o un becerro, y le dio cierta terminación con un buril. Y ellos ofrecieron sacrificios a este ídolo. Puesto que pusieron una imagen ante ellos y así cambiaron la verdad de Dios en mentira, sus sacrificios fueron abominación. Unos pocos días antes, en ese mismo lugar,

¿no habían oído ellos la voz de Jehová Dios diciéndoles de en medio del fuego: No te harás imagen? Ellos mismos, ¿no habían entrado solemnemente en un pacto con Dios, en el sentido de hacer todo lo que Él les había dicho y que obedecerían? Capítulo xxiv, 7. Sin embargo, antes de salir del lugar donde habían hecho solemnemente el pacto, rompieron un mandamiento expreso desafiando una amenaza expresa. Eso muestra claramente que la ley no era capaz de santificar, como no era capaz de justificar; por ella se conoce el pecado, pero no la cura del pecado. —Aarón fue apartado por nombramiento divino para el oficio del sacerdocio; pero él, que una vez se avergonzó al extremo de levantar un altar para el becerro de oro, ahora debe reconocerse indigno del honor de servir en el altar de Dios, y debe sentirse en deuda con la libre gracia por ello. De esta manera fueron silenciados el orgullo y la jactancia.

Vv. 7—14. Dios dice a Moisés que los israelitas se habían corrompido. El pecado es la corrupción del pecador, y es una corrupción de sí mismo; cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Ellos se habían descarriado. El pecado es salirse del camino del deber y tomar un atajo. Pronto olvidaron las obras de Dios. Él ve lo que ellos no pueden descubrir, y ninguna maldad del mundo le está oculta. Nosotros no soportaríamos ver la milésima parte de la maldad que Dios ve a diario. Dios expresa la grandeza de su justo desagrado, al estilo de los hombres, que no hubieran permitido que alguien intercediera por aquellos contra quienes hubieran resuelto ser severos. Nada sino la oración de Moisés podía salvarlos de la ruina; de esta manera, fue un tipo de Cristo, por cuya sola mediación, Dios reconciliaría el mundo consigo mismo. —Moisés pone como prenda la gloria de Dios. La glorificación del nombre de Dios, que debiera ser nuestra primera petición, como es en el Padre Nuestro, debiera ser nuestro ruego principal. Las promesas de Dios deben ser nuestro principal ruego en oración, puesto que quien lo prometió es poderoso para cumplir. Nótese el poder de la oración. En respuesta a las oraciones de Moisés, Dios mostró su propósito de perdonar al pueblo, de la manera que antes *parecía* decidido a destruirlo; el cambio en la expresión exterior de su propósito es llamado “arrepentirse del mal”.

Vv. 15—20. ¡Qué cambio! Descender del monte de la comunión con Dios, para conversar con un mundo malo. Nada vemos en Dios que no sea puro y placentero; en el mundo, nada que no sea pecador y provocativo. Para que se viera que un ídolo es nada en el mundo, Moisés pulverizó el becerro. El acto de mezclar este polvo con el agua que bebían representa el hecho de que el corazón del apóstata debe llenarse con sus propios caminos.

Vv. 21—29. Nunca hubo hombre sabio que diera una excusa más frívola y necia que la de Aarón. No debemos ser llevados a pecar por algo que el hombre pueda decirnos o hacernos; pues los hombres sólo pueden tentarnos a pecar, pero no pueden obligarnos a hacerlo. La forma en que Moisés enfrentó el problema volvió la danza en temblor. La vergüenza de su pecado quedó expuesta a la luz. Para quitar el reproche, Moisés no ocultó el pecado, ni le impuso un color falso, mas lo castigó. Los levitas tuvieron que matar a los líderes de esta maldad, pero nadie fue ejecutado sino los que se enfrentaron abiertamente. Los que persisten en pecar están marcados para la ruina: Quienes por la mañana gritaban y danzaban, murieron antes de la noche. Los juicios del Señor producen cambios súbitos a veces, con los pecadores que se sienten seguros y alegres en su pecar.

Vv. 30—35. Moisés lo calificó de gran pecado. La obra de los ministros tiene que mostrar la enormidad de sus pecados a la gente. El gran mal del pecado se evidencia en el precio del perdón. Moisés ruega misericordia a Dios; él no fue a dar excusas sino a expiar. No tenemos que suponer que Moisés quiere decir que siempre estuviera dispuesto a morir en aras del pueblo. Tenemos que amar a nuestro prójimo *como* a nosotros mismos pero *no más* que a nosotros mismos. Pero con el sentir que había en Cristo, Él estaba dispuesto a poner su vida de la manera más dolorosa, si de esa manera pudiera preservar al pueblo. Moisés no podía apaciguar totalmente la ira de Dios; lo cual muestra que la ley de Moisés no era capaz de reconciliar a los hombres con Dios, ni de perfeccionar nuestra paz con Él. Sólo en Cristo Dios perdona el pecado, para no recordarlo más. —Esta historia nos muestra que ningún corazón carnal, que no se haya humillado, puede soportar por mucho tiempo los preceptos santos, las verdades humillantes, y la adoración espiritual de Dios. Pero un dios, un sacerdote, un culto, una doctrina y un sacrificio, a la medida de la mente carnal, siempre

encontrará abundancia de adoradores. Se puede pervertir el evangelio mismo a tal punto que se adapte al gusto mundano. Es bueno para nosotros que, el Profeta como Moisés, que es incomparablemente más poderoso y misericordioso, haya hecho expiación por nuestra alma y ahora interceda por nosotros. Regocijémonos en su gracia.

CAPÍTULO 33

Versículos 1—6. *El Señor rehusa ir con Israel.* 7—11. *El tabernáculo de Moisés es sacado fuera del campamento.* 12—23. *Moisés desea ver la gloria de Dios.*

Vv. 1—6. A quienes Dios perdona, hay que hacerles saber lo que merecía su pecado. “Que ellos se vayan solos” expresaba en gran medida el desagrado de Dios. Aunque Él promete cumplir el pacto con Abraham dándoles Canaán, les niega las señales de su presencia con que habían sido bendecidos. —El pueblo lloró por su pecado. De todos los frutos y amargas consecuencias del pecado, lo que los verdaderos arrepentidos lamentan y temen más es que Dios se aparte de ellos. La mismísima Canaán no sería una tierra agradable sin la presencia del Señor. Los que se fueron ataviados para mantener el pecado no pudieron hacer otra cosa que quitarse los atavíos como señal de pesar y vergüenza por el pecado.

Vv. 7—11. Moisés tomó el tabernáculo y lo levantó fuera del campamento. Parece haber sido un edificio temporal, armado para el culto, y en el cual él juzgaba las disputas de la gente. El pueblo miraba en pos de Moisés; tenían muchos deseos de estar en paz con Dios y les interesaba saber lo que sucedería. —La columna de nube que se había apartado del campamento cuando fue contaminado por la idolatría, ahora regresó. Si nuestro corazón sale al encuentro de Dios, Él vendrá misericordiosamente a nuestro encuentro.

Vv. 12—23. Moisés es muy honesto con Dios. Así, la intercesión de Cristo, no sólo nos salva de la ruina, además adquirimos el derecho a la eterna bienaventuranza. —Observe aquí cómo él *argumenta*. Nosotros hallamos gracia a ojos de Dios si encontramos gracia en nuestros corazones para guiarnos y apurarnos en el camino de nuestro deber. Moisés habla como quien teme la idea de seguir adelante sin la presencia del Señor. Las promesas de la gracia de Dios y su misericordia para con nosotros, no sólo deben alentar nuestra fe, además deben estimular nuestro fervor para orar. Observe cómo él *presiona*. Véase, en un tipo, la intercesión de Cristo, a la que siempre da vida para interceder en favor de todo aquello que venga a Dios por Él; y que no es por ninguna cosa que haya a favor en aquellos por los cuales Él intercede. —Moisés pide ver la gloria de Dios y también en eso es escuchado. La visión completa de la gloria de Dios, abrumaría aun al mismo Moisés. El hombre es malo e indigno de ello; débil y no puede soportarlo; culpable y no podría sino temerlo. La revelación misericordiosa que se hace en Cristo Jesús es lo único que podemos tolerar. —El Señor concedió lo que lo satisfaría abundantemente. La bondad de Dios es su gloria; y Él hará que le conozcamos por la gloria de su misericordia, más que por la gloria de su majestad. —Sobre la roca había un lugar adecuado para que Moisés viera la bondad y la gloria de Dios. La peña de Horeb era un tipo de Cristo, la Roca de refugio, salvación y fuerza. Dichosos los que están sobre esta Roca. —La hendidura puede ser un emblema de Cristo, como partido, crucificado, herido y muerto. —Lo que sigue denota el imperfecto conocimiento de Dios en el estado presente, aun según se revela en Cristo; porque esto, comparado con la visión celestial de Él, solo es como ver a un hombre que pasó, cuya espalda es lo único que puede verse. Dios en Cristo, como Él es, en las manifestaciones más plenas y brillantes de su gloria, gracia y bondad están reservadas para otro estado.

CAPÍTULO 34

Versículos 1—4. *Renovación de las tablas de la ley.* 5—9. *Proclamación del nombre del Señor—Ferviente petición de Moisés.* 10—17. *El pacto de Dios.* 18—27. *Las fiestas.* 28—35. *El velo de Moisés.*

Vv. 1—4. Cuando Dios hizo al hombre a su imagen, la ley moral fue escrita en su corazón por el dedo de Dios, sin medios externos. Pero como el pacto entonces hecho con el hombre fue quebrantado, el Señor ha usado el ministerio de los hombres, tanto para escribir la ley en las Escrituras, como para escribirla en el corazón. Cuando Dios se reconcilió con los israelitas, ordenó que las tablas fuesen renovadas y escribió su ley en ellas. Aun bajo el evangelio de paz por Cristo la ley moral continúa obligando al creyente. Aunque Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley, pero no de los mandamientos de ella. La primera y mejor prueba del perdón de pecados y de la paz con Dios es que la ley queda escrita en el corazón.

Vv. 5—9. Como señal abierta de su presencia y manifestación de su gloria, el Señor descendió en una nube y, desde allí proclamó su Nombre; esto es, las perfecciones y el carácter denotados por el nombre Jehová. El Señor Dios es *misericordioso*: pronto para perdonar al pecador y socorrer al necesitado. *Piadoso*: bueno y dispuesto a conceder beneficios inmerecidos. *Tardo para la ira*,: es longánime, concede tiempo para el arrepentimiento, y sólo castiga cuando es necesario. Él es *grande en misericordia y verdad*: hasta los pecadores reciben en abundancia las riquezas de su magnificencia aunque abusen de ella. Todo lo que Él revela es verdad infalible, todo lo que promete lo hace con fidelidad. *Que guarda misericordia a millares*: continuamente Él muestra misericordia a los pecadores hasta el fin del tiempo, y tiene tesoros que no se pueden agotar. *Que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado*: su misericordia y bondad llegan al perdón pleno y gratuito del pecado. *Y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado*: la santidad y justicia de Dios son parte de su piedad y amor para con todas sus criaturas. En los sufrimientos de Cristo se muestra la santidad y justicia Divina plenamente, y se da a conocer la maldad del pecado. La misericordia de Dios que perdona siempre va acompañada de su gracia que convierte y santifica. Nadie tiene perdón sino los que se arrepienten y abandonan la práctica intencional de todo pecado; ninguno que abuse, descuide o desprecie esta gran salvación podrá escapar. —Moisés se inclinó y adoró con reverencia. El creyente puede invocar cualquier perfección del *nombre* de Dios, para pedirle el perdón de sus pecados, que sea hecho santo su corazón, y que se extienda el reino del Redentor.

Vv. 10—17. Se manda a los israelitas que destruyan todo monumento de idolatría por exquisito o caro que sea; que rechacen toda alianza, amistad o matrimonio con los ídólatras y todas las fiestas ídólatras; y se les recuerda que no repitan el delito de hacerse imágenes de fundición. El furor del hombre es llamado celos, Proverbios vi, 34; pero el desagrado es santo y justo en Dios. Quienes no adoran sólo a Dios no pueden adorarlo rectamente.

Vv. 18—27. Una vez por semana deben *reposar* aunque sea en la temporada de siembra y de cosecha. Todos los negocios del mundo deben dar lugar al reposo santo; aun la siega prosperará para mejor por la observancia sagrada del día de reposo en la temporada de la cosecha. Debemos demostrar que preferimos nuestra comunión con Dios y nuestro deber para con Él antes que los negocios o la alegría de la cosecha. —Tres veces al año ellos debían presentarse ante el Señor Dios, el Dios de Israel. Canaán era una tierra deseable y los pueblos vecinos eran codiciosos; pero Dios dice: “Ninguno codiciará tu tierra.” Controlemos todos los deseos pecaminosos de nuestro corazón contra Dios y su gloria y, entonces, confiemos en que Él controle todos los deseos pecaminosos en el corazón de otros en contra de nosotros. El camino del deber es el camino de la seguridad. Quienes se aventuran por él, nunca pierden. —Aquí se mencionan tres fiestas: —1. *La Pascua, que recuerda la liberación desde Egipto.* —2. *La fiesta de las semanas o fiesta de Pentecostés;* agregada a esta está la ley de las primicias. —3. *La fiesta de la cosecha o fiesta de los Tabernáculos.* —Moisés tenía que escribir estas palabras para que el pueblo las conozca mejor.

Nunca podemos estar suficientemente agradecidos de Dios por la palabra escrita. Dios haría un pacto con Israel con Moisés como mediador. Así, el pacto de gracia lo hace con los creyentes por medio de Cristo.

Vv. 28—35. La comunión cercana y espiritual con Dios mejora las gracias de un carácter renovado y santo. La piedad seria confiere lustre al semblante del hombre, así como infunde estima y afecto. El velo que Moisés se puso, señala la oscuridad de esa dispensación, en comparación con la dispensación del evangelio del Nuevo Testamento. También era un emblema del velo natural que hay en el corazón de los hombres respecto de las cosas espirituales. Además, representa el velo que estaba y está sobre la nación de Israel, el cual sólo puede ser quitado por el Espíritu del Señor, que les muestra a Cristo como el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree. El miedo y la incredulidad pondrán el velo delante de nosotros, estorbarán nuestro acercamiento confiado al trono de la gracia en lo alto. Debemos mostrar plenamente nuestras carencias, temporales y espirituales, ante nuestro Padre espiritual; tenemos que contarle nuestros problemas, luchas, pruebas y tentaciones; debemos reconocer nuestras ofensas.

CAPÍTULO 35

Versículos 1—3. *Observancia del día de reposo.* 4—19. *Los donativos voluntarios para el tabernáculo.* 20—29. *La disposición del pueblo en general.* 30—35. *Bezaleel y Aholiab llamados a la obra.*

Vv. 1—3. El yugo ligero y fácil de Cristo ha hecho más deliciosos nuestros deberes, y menos irritantes las restricciones de nuestro día de reposo que las del reposo judaico; pero nosotros somos más culpables por descuidarlo. Ciertamente la sabiduría de Dios al darnos el día de reposo con toda la misericordia de sus propósitos, son pecaminosamente desechados. ¿Es nada marcar con el desprecio el día bendito, que nos ha sido dado por un Dios generoso para que crezcamos en gracia con la iglesia aquí abajo, a fin de prepararnos para la felicidad con la iglesia en lo alto?

Vv. 4—19. El tabernáculo iba a estar dedicado a la honra de Dios, y se iba a usar para su servicio; por tanto, lo que se trajera para su construcción era una ofrenda para el Señor. La regla es, Todo generoso de corazón la traerá. —Todos los que tienen destreza deben trabajar. Dios dispensa sus dones; y cada hombre, según haya recibido, así debe ministrar, 1 Pedro iv, 10. Los que eran ricos debían traer materiales para trabajarlos; los que eran hábiles, debían servir al tabernáculo con sus habilidades: como necesitaban unos de otros así el tabernáculo los necesitaba a ambos, 1 Corintios xii, 7—21.

Vv. 20—29. Sin una mente voluntaria serían aborrecibles las ofrendas costosas; con ella, hasta la más pequeña será aceptable. Nuestro corazón está dispuesto cuando asistimos alegremente a promover la causa de Dios. Quienes son diligentes y están contentos con empleos considerados bajos, son tan aceptables por Dios como quienes están en servicios espléndidos. Las mujeres que hilaron el pelo de cabra eran de corazón sabio, porque lo hicieron de todo corazón para el Señor. Así, el labrador, el mecánico, o el siervo que atiende a su trabajo en la fe y temor de Dios, puede ser tan sabio, en su lugar, como el ministro más útil y ser igualmente aceptado por el Señor. Nuestra sabiduría y deber consisten en dar a Dios la gloria y la utilidad de nuestros talentos sean muchos o pocos.

Vv. 30—35. Aquí está el nombramiento divino de los maestros para que no hubiera contienda por el oficio y todos los que estuvieran empleados en la obra pudiesen recibir órdenes de ellos y ser responsables ante ellos. A quienes Dios llamó por nombre para su servicio, Él los llenó con el Espíritu de Dios. La destreza, aun en empleos mundanos, es don de Dios y viene de lo alto. Pero hay muchos bastante dispuestos a organizar el trabajo de los demás y pueden decir lo que debe

hacer este o aquel hombre; pero ellos no tocarían ni con un dedo las cargas que atan sobre los demás. Los tales quedarán bajo la categoría de siervos negligentes. Estos hombres no estaban solamente para diseñar y trabajar; además debían enseñar a los otros. Los que dirigen deben enseñar; y aquellos a quienes Dios ha dado conocimientos deben estar dispuestos a darlos a conocer para beneficio del prójimo.

CAPÍTULO 36

La construcción del tabernáculo—Limitación de la liberalidad de la gente.

La prontitud y el celo con que los constructores se pusieron a trabajar, la exactitud con que realizaron la tarea y la fidelidad con que desistieron de recibir más contribuciones, son dignas de imitación. Así debemos servir a Dios y también a nuestros superiores, en todas las cosas lícitas. Así todos los que estamos en cometidos públicos, debemos aborrecer el sucio lucro, y evitar todas las ocasiones y tentaciones a la codicia. —¿Dónde tenemos la representación del amor de Dios para con nosotros, los que por amor habitamos en Él y Él en nosotros, salvo en Emanuel? Mateo i, 23. Esta es la suma del ministerio de reconciliación, 2 Corintios v, 18, 19. Este es el diseño del “tabernáculo del testimonio”, un testimonio visible del amor de Dios a la raza de los hombres, por caídos que estuvieran de su primer estado. Y este amor fue demostrado por Cristo al asumir su permanencia en la tierra; por el Verbo hecho carne, Juan i, 14, donde, según lo expresa el original, Él hizo su *tabernáculo* entre nosotros.

CAPÍTULO 37

La construcción del arca y el mobiliario del tabernáculo.

En el mobiliario del tabernáculo hubo emblemas de un servicio espiritual aceptable. El incienso representaba las oraciones de los santos. El sacrificio del altar representaba al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La vasija de oro con maná o pan del cielo, la carne de Jesucristo que Él dio por la vida del mundo. El candelero con sus luces, la enseñanza e iluminación del Espíritu Santo. El pan de la proposición representaba la provisión para quienes tienen hambre y sed de justicia, que dan abundantemente el evangelio, las ordenanzas y los sacramentos de la casa de oración. —La precisión de los artesanos con la regla debiera ser seguida por nosotros, procurando las influencias del Espíritu Santo, para que podamos regocijarnos en Dios y glorificarle mientras estemos en este mundo y para estar con Él al final para siempre.

CAPÍTULO 38

Versículos 1—8. *El altar y la fuente de bronce.* 9—20. *El atrio.* 21—31. *Las ofrendas del pueblo.*

Vv. 1—8. En todas las edades de la iglesia ha habido algunas personas más devotas a Dios, más constantes que otras en su asistencia a sus ordenanzas y más dispuestas a dejar hasta las cosas lícitas por amor a Él. Algunas mujeres, dedicadas a Dios y celosas de la adoración del tabernáculo, expresaron su celo dando los espejos que eran placas pulidas de bronce. Antes de inventar los

espejos de vidrio, estas servían para lo mismo.

Vv. 9—20. Los muros del atrio eran de cortina solamente, lo que insinúa que el estado de la iglesia judía misma era movable y cambiable; en el momento oportuno, lo iban a desarmar y doblar, o vendría el tiempo cuando el lugar de la tienda debería ampliarse y sus cuerdas se extenderían para dar lugar al mundo gentil.

Vv. 21—31. El fundamento de basas de plata demostraba la solidez y la pureza de la verdad sobre la cual está fundada la iglesia. —Consideremos al Señor Jesucristo cuando leemos acerca del mobiliario del tabernáculo. Cuando consideremos el altar del holocausto, veamos a Jesús. En Él, en su justicia y salvación, hay una ofrenda completa y suficiente por el pecado. Dejemos que nuestra alma sea lavada en la fuente de la regeneración por su Espíritu Santo, y será limpia; y como el pueblo ofrendó voluntariamente, así pueda, ser nuestra alma voluntaria. Estemos prontos a dejar cualquier cosa y contarle todo como pérdida para ganar a Cristo.

CAPÍTULO 39

Versículos 1—31. *Las vestiduras de los sacerdotes.* 32—43. *El tabernáculo terminado.*

Vv. 1—31. Las vestiduras de los sacerdotes eran ricas y espléndidas. La iglesia en su infancia fue así enseñada por sombras de las buenas cosas venideras, pero la sustancia es Cristo y la gracia del evangelio. Cristo es nuestro gran Sumo Sacerdote. Cuando Él emprendió la obra de nuestra redención, se puso los ropajes del servicio, se adornó con los dones y las gracias del Espíritu, se ciñó con resolución para realizar la empresa, se encargó de todo el Israel espiritual de Dios, lo puso sobre su corazón, lo grabó en la palma de sus manos, y lo presentó a su Padre. Y Él se coronó con santidad al Señor, consagrando toda su empresa completa al honor de la santidad de su Padre. — Los creyentes verdaderos son sacerdotes espirituales. El lino fino con que debe confeccionarse toda su ropa de servicio es las acciones justas de los santos, Apocalipsis xix, 8.

Vv. 32—43. El tabernáculo era tipo o emblema de *Jesucristo*. Así como el Altísimo habitaba visiblemente en el santuario, sobre el arca, así Él residió en la naturaleza humana y en el tabernáculo de su amado Hijo; en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, Colosenses ii, 9. El tabernáculo era un símbolo de *cada cristiano verdadero*. En el alma de todo seguidor verdadero del Salvador, habita el Padre, el objeto de su adoración y autor de sus bendiciones. El tabernáculo también tipifica *la iglesia del Redentor*. El más bajo y el más poderoso, por igual, son caros para el amor del Padre, libremente ejercido por medio de la fe en Cristo. El tabernáculo era un tipo y emblema *del templo celestial*, Apocalipsis xxi, 3. Entonces, ¡cuál será el esplendor de Su manifestación cuando sea quitada la nube y sus adoradores fieles lo vean como Él es!

CAPÍTULO 40

Versículos 1—15. *Instalación del tabernáculo—Santificación de Aarón y sus hijos.* 16—33. *Moisés hace todo conforme a lo mandado.* 34—38. *La gloria del Señor llena el tabernáculo.*

Vv. 1—15. Cuando empieza un año nuevo debemos procurar servir mejor a Dios que el año anterior. —El tabernáculo se terminó en medio año. Cuando los corazones de la gente se dedican seriamente a una buena causa, se puede hacer mucho en poco tiempo; y cuando se presta atención

continuamente a los mandamientos de Dios, como regla de trabajo, todo se hará bien. —El sumo sacerdocio estuvo en la familia de Aarón hasta la venida de Cristo y en él sigue para siempre la sustancia de todas estas sombras.

Vv. 16—33. Cuando el tabernáculo y sus utensilios estuvieron terminados, no dejaron de erigirlo hasta que llegaron a Canaán, pero obedeciendo la voluntad de Dios, lo armaban en medio del campamento. Quienes no están establecidos en el mundo no deben pensar que eso es excusa para la falta de religión; como si bastara comenzar a servir a Dios cuando empiezan a establecerse en el mundo. No; un tabernáculo para Dios es muy necesario aun en el desierto, especialmente dado que podemos estar en el otro mundo antes de llegar a establecernos en éste. Y debemos temer, no sea que nos engañemos a nosotros mismos con una apariencia de piedad. El pensamiento de que fueron tan pocos los que entraron en Canaán debe ser una advertencia especialmente para la gente joven, para no postergar el cuidado de su alma.

Vv. 34—38. La nube cubrió el tabernáculo aun en el día más claro; no era una nube que el sol desvanece. La nube era una señal de la presencia de Dios para ser vista día y noche por todo Israel, para que nunca volvieran a preguntarse, ¿está o no el Señor entre nosotros? Dirigió el campamento de Israel a través del desierto. Mientras la nube estaba sobre el tabernáculo, ellos descansaban; cuando se levantaba, ellos la seguían. —La gloria del Señor llenaba el tabernáculo. La *shekiná* se hacía visible en forma de luz y fuego: Dios es Luz; nuestro Dios es Fuego consumidor. Pero tan deslumbrante era la luz y tan temible el fuego, que Moisés no podía entrar a la tienda de la reunión hasta que disminuía el resplandor. Pero lo que Moisés no pudo hacer, nuestro Señor Jesús lo hizo a quien Dios hizo acercarse; Él nos ha invitado a entrar confiadamente al trono de la gracia. Enseñados por el Espíritu Santo a seguir el ejemplo de Cristo, y a depender de Él, a participar de sus ordenanzas y obedecer sus preceptos, seremos guardados de perder el camino, y seremos guiados en medio de las sendas de juicio, hasta que lleguemos al cielo, la habitación de su santidad. ¡Bendito sea Dios por Jesucristo!